
Ayuntamiento de Cádiz


UMASS
BOSTON

LA GANGRENA,

COLECCION DE SUEÑOS

POR

José María Alvarez Jimenez.

1.º Noviembre de 1882.

Precio: 50 cénts. de peseta.

CADIZ.

TIPOGRAFÍA DEL BOLETIN OFICIAL.
CALLE DEL SACRAMENTO, 43.

PROEMIO.

Hay un adagio terrible, del cual es preciso huir, sopena de que cuando miremos por nosotros sea muy difícil corregirnos.

Este adagio, español de pura raza, me ha inducido á tomar la pluma (por no tomar una estaca), y llenar unas cuantas cuartillas de papel; á cuya ocupacion me dedicaré si el lector es benévolo ó poco escrupuloso en las letras humanas.

En cambio de su indulgencia le daré á conocer, poco á poco, un secreto que guardo hace catorce años y cuya revelacion la tendrá en la coleccion de bocetos quincenales que empiezan hoy á ver la luz pública.

El Autor.

MR. LAVERGNE.

Sobre la mesa de noche de mi habitacion, el garson del Hotel de la Gironde número 147, habia colocado una carta cuyo sobre decia: «A Mr. Varezal.» Abro la epístola y leo «Cher á mí. Mañana Viérnes al»morzaremos juntos. Espéreme hasta las doce. Reci»bid mis felicitaciones, etc.»

No son chicas felicitaciones—dije para mí:—lo que tú quieres es que yo te pague el almuerzo: ya verás que almuerzo te voy á dar..... y me acosté y..... me dormí.....

¡Arriba perezoso! ¡Le parece á V.! ¡Son las doce y aun todavia está acostado! ¡Vamos á ver si se pone V. en pié en seguida!—Traigo buenas noticias. ¡¡Tenemos imprenta que nos fia!!! Y Mr. Lavergne, el autor de la carta reseñada, abrió la ventana de mi cuarto, echó una mirada al Hotel de la Ville, lanzó á cinco ó seis transeuntes de la calle de Rivoli una porcion de flema, volvió á la habitacion, se apropincuó á tres clases de vino que en otras tantas botellas de medio litro descansaban sobre la chimenea y vaciando la líquida trinidad en su obeso vientre, se acercó á un espejo, examinó su rostro capotudo, dió guias á su imponente mostacho y se arregló la corbata: despues tomó un cigarro de mi petaca y..... me pidió betun.

Mientras que Mr. Lavergne, Teniente de Bomberos, daba lustre á sus botas y á las mias, tarareando al mismo tiempo la polka de la Mascotte, tan en voga en París, mis ojos se fijaban en el chaleco del betunero y veian con disgusto que los bolsillos no presenta-

ban andorga, signo seguro, evidente é infalible de que me estaba reservado el papel de anfitrion.

De pronto recordé que el bombero tenia un *dogo* en el boullon de la esquina de Lafayette y que le era imposible concurrir á este establecimiento, sopena de ser mordido.

Sabe V. Leon—le dije—que no puedo ir hoy á la Trinidad.

Pues vamos á donde V. quiera, con tal que sea al instante, porque tengo un hambre atroz.

Bueno, iremos á un Boullon.—¿A qué Boullon? insistió el bombero—y sus dos manos, como buen ambidextro, dando juego á los cepillos, sacaron brillo extraordinario á sus deterioradas botas.

¡A qué Boullon ha de ser! exclamé, si no al de la esquina de Lafayette.

¡Hombre, está V. en su juicio! ¿quiere V. comer carne de perro? ¿quiere V. beber leche que ha servido en el baño de las Mesalinas?...

No pude por ménos de reirme. Lavergne tenia su algílibus especial para esquivar el mordisco: no habia mas remedio que darle de almorzar sopena de no tener imprenta, y media hora despues cruzábamos las calles Rivoli, Royal, Boulevares Capuchinos é Italiano y la calzada de Antin, á cuyo límite está la Trinidad, y en esa plaza el restaurant de Mr. Pasquier.

¡Ahí lo tiene V.! me decia el bombero señalándome al dueño del establecimiento—empezó por garson y hoy tiene la friolera de 20 millones de francos: su firma, como la de Duval, se la quitan de las manos. Pero no me cambio por este creso. Ahora vereis. ¡Ola! Mr. Pasquier! ¡dos cubiertos! ¡Al momento! exclamó el millonario.

Mr. Lavergne despachó, en ménos de ocho minutos, una sardina de Nantes, un sol, un buen plato de buton, otro de ternera mechada, media viga de pan, una pera y media botella de vino blanco. ¿Tomamos café? aquí es más barato, Mr. Pasquier ordenar nos den

café. ¿Tomamos breva? ¡Pasquier breva! Lavergne no dejaba hablar; su gusto era tener en locomocion á Pasquier. Intentó tomar una copita de Coñac, pero yo lo evité diciéndole que no podiamos retardar nuestra visita al dueño de la imprenta.

Es verdad, ya es hora, me dijo—¡Mr. Pasquier palillos! y tomando una docena de ellos nos pusimos en marcha hácia el número 5 de la calle de San Lázaro.—No sabe V.—me decia el bombero—el placer que experimento con hacer sudar á ese Mr. Pasquier: no puedo ver á los ricos pobres.

Llegamos á la imprenta.

¿Está Mr. Blanchet? Oui—contestó uno, al parecer su dependiente.—Adelante, resonó otra voz en una habitacion próxima. Entramos.... y confieso que no me agradó mucho el dueño de la segunda voz que pertenecia al Mr. Blanchet: era una especie de Goliat el que tenia delante, pues su estatura no bajaria de ocho piés y el baston que empuñaba, mas que baston, podia servir de tranca.

Mr. Blanchet—dijo Leon—aquí teneis al español de que os he hablado que viene á entregaros la lista de suscritores á El Hacha.

¡Cómo! ¡qué!! ¿qué nombre habeis pronunciado? rugió el gigante.

El Hacha, Mr. Blanchet. ¡El Hacha! Ahora verás; y al decir esto, olvidando estaba en su casa y dominado tan solo por un furor ciego cogió del cuello al bombero y alzando al propio tiempo la tranca enorme que llevaba en la mano, le sacudió con tal violencia, que, si le hubiese alcanzado le habria abierto el cráneo.

Pero Lavergne, que habia previsto la accion huyó el golpe y dando un salto de costado con la agilidad de una ardilla, se libró de las uñas del endiablado Blanchet, quien careciendo de punto de apoyo, cayó al suelo boca á bajo.

Nunca he sabido el desenlace de esta lucha, ni por qué el nombre del periódico la provocó, pues yo, apro-

vechando la caida del Goliat, tomé las hebillas de Don Diego para no acordarme más de El Hacha, ó por mejor decir, de protectores tan EXPRESIVOS.

VORACIDAD FABULOSA.

El .... de Setiembre de 1881 me hallaba en el jardin de las Tullerías contemplando el obelisco de Longsor en medio de la extensa plaza de la Concordia, que tiene por perspectiva el risueño paisaje de los Campos Elíseos y cuyo horizonte limita el arco del triunfo.

De pronto llamó mi atencion una campanilla que sin cesar movia su lengua y á cuyo sonido acudian presurosas las personas que transitaban por el jardin.

Mi curiosidad, invencible muchas veces, hizo que siguiera á los diligentes parisienses que, ya apiñados, penetraban por uno de los costados de la *Alsacia*, cuya estátua, segun es sabido, está cubierta con una gasa negra y porcion de coronas fúnebres. Tras ese *departamento perdido* divisé, como á cuatro metros de distancia, un bonito vapor, y de uno de sus costados un gracioso puente que adherido al muelle nos dió paso y franca entrada en la cubierta del buque. La campanilla volvió á agitar su lengua y el puente á este sonido metálico, fué arrebatado por una fuerza misteriosa que encerrada en una especie de garita parecia ser centinela invisible ó vergonzante de aquel departamento que vestia luto por la Francia.

El vapor surcó con lentitud el Sena y tomó rápida carrera apenas entregamos seis sueldos á uno de los marineros que con su eterno S'il vou plais y dándonos una medalla de metal nos hacia un reverente saludo. Esta genuflexion, despues de cobrar, es ya rancia en nuestra raza latina, por lo cual no debe sorprendernos.

Las riberas del Sena cuajadas de lindos pueblos,

cuyos graciosos hoteles reproduce el líquido elemento, los treinta ó cuarenta puentes de cinco ojos que dan entrada y salida á otros tantos vapores que se saludan á TROMPETAZOS, las calles aéreas y superpuestas que se cimbran sobre el rio y por donde cruzan toda clase de vehículos, incluso los que son arrastrados por esa máquina infernal que se llama locomotora, y que con carrera vertiginosa aparece y desaparece en la calle más elevada; toda esta animacion, todo este ruido, toda esta vida, me hacia recordar la sedentaria, pacífica y tranquila de algunos seres que matalas-callando y á la sombra de la encina secular suman, á su modo, las ventajas del atraso de los pueblos.

Esta vida tumultuosa de París y esta distraccion sin tregua, estas gentes siempre alegres, siempre locas, hacen llegar á mis oidos un ruido que exalta mi imaginacion.

La impresion que se recibe al llegar á la capital del mundo es indefinible cuando se entra en ella, cuando se visitan sus alrededores se cree caer en un carnaval del que se espera el fin, pero inútilmente, porque no acaba nunca.

El vapor despues de dejar atras Passy, Auteuil, Sevres, Saint-cloud y otros pueblos de ese precioso ramillete que bordan las márgenes del rio, atracó cerca del jardin de Plantas, y aquí desembarqué, prévia devolucion de la medalla de metal, dirigiéndome al barrio de San Víctor, punto donde tenia que visitar á un paisano amigo mio, que hoy reside en Irun y á quien envio un cariñoso saludo.

Mas como el hombre propone y Dios dispone, sucedió que la visita se quedó en proyecto, como quedan otras cosas en esta vida.

Mi curiosidad, siempre invencible, me llevó á un grupo de cinco ó seis personas que dirigian su vista á la superficie del Bievre, riachuelo que nace cerca de Versalles entre Bouvies y Guyaucourt y que despues de recorrer unos 30 kilómetros entra en París por las

fortificaciones de Gentilly, pasa por los Gobelinos, cuyo nombre le dan algunos, atraviesa los barrios de San Marcelo y San Víctor y desemboca en el Sena cerca del jardin de Plantas.

A distancia de diez metros se apercibia un banco de magníficos peces.

Estos peces se parecian bastante á los que se cogen en la Caleta de Cádiz; pero eran mas gordos y mayores, con el lomo negro y la cola como de empleado cesante.

¡Son electores! gritó un francés al divisarlos! Anda, Luvois, toma los anzuelos, que con esta brisa estoy seguro que morderán y la Escalerilla dará buena cuenta de ellos.

De repente los electores se eclipsaron.

¡Un cacique! ¡Un cacique! exclamó el Luvois, viendo hácia el punto que le señaló un colega suyo, un pez grande y gordo. ¡Un cacique!

La vista de aquel extraño pez me habia interesado vivamente, por lo que traté de examinarlo con cuidado prolijo.

No mireis por ese lado—exclamó Luvois—los electores están á la izquierda y el cacique estará á la derecha. Vuelva la cabeza y le verá.

Ya lo veo, dije.

Y así era: mis ojos contemplaban el pez mas parecido al hombre: su cuerpo tendria cinco ó seis piés de largo y sobre sus aletas dorsales se destacaba una especie de baston con borlas.

Aunque nadaba con bastante rapidez se conocia que acechaba y avanzaba de una manera furtiva, brillando en sus ojos una expresion á la vez feroz y falsa.

Luvois le confundia con un cacique, porque tiene puntos de semejanza con él. Sin embargo, entre éste y el Delegado (era un Delegado) hay una gran diferencia en la manera de andar, mientras el uno avanza con rapidez, el otro se acerca con lentitud.

El Delegado tiene una manera de atacar excesiva-

mente previsora: siempre ofrece comida.......

Los electores, no obstante ese cebo, espantados con la aproximacion del Delegado, sembraron el desórden en sus filas y comenzaron á alejarse revueltas y en diferentes direcciones.

En medio de esta confusion algunos incautos electores se acercaron al pez gordo.

Era lo que esperaba el Delegado, el cual fijando en ellos sus feroces ojos, se precipitó con tal violencia á encontrarlos que la espuma saltaba á su paso por cima del baston, y el ruido de su zambullido pudo oirse á bastante distancia en el Bievre.

Mirad Luvois—exclamó su colega—que me azoten ó me hagan Diputado si no ha devorado dos docenas de electores.

Y en efecto, era así; cuando el Delegado salió á la superficie, sus enormes fauces parecidas á una urna electoral, asomaban todavia cuatro docenas de electores . . . .

Un momento despues las aguas de los Gobelinos, serenas y tranquilas, iban á unirse al Sena.....

Perdon, Monsieur, dije á Luvois. ¿Aquí se pescan estos animalejos?

Aquí y en todas partes.

¿Y cómo, Monsieur, el Delegado lleva en su boca cuatro docenas de electores, cuando no ha devorado mas que dos?

¡Lá, lá, lá—exclamó Luvois. Ya verá V. el escrutinio..........

La trompeta de un ómnibus y el S'il vou plais del cobrador me hizo tomar la plataforma del vehículo, del cual, á la media hora, me lanzaba yo al Hotel Chaptal de la rue Rochefoucauld.

A las nueve cruzaba por todo París este telégrama:

«Delegado ha devorado 32.000 electores.»

Al mismo tiempo circulaba en los boulevares céntricos una hoja suscrita por Luisa Michet, que titulaban «la cabeza de Gambetta.»

BULLIER.

Esta noche vamos á Bullier—¿qué es Bullier? dije á un amigo mio que hacia dos ó tres meses era mi «inseparable» en París.

Ya lo verá V. Ante todo ¿hoy qué es? ¿en qué dia vivimos? Hoy es Juéves. ¡Magnífico! exclamó mi amigo. ¡Funcion de moda! Vamos al baile.

¿Al baile?.... Vamos.

La distancia que nos separaba de «Bullier» era bastante larga y esto hizo que tomásemos un carruaje, no sin prevenir al auriga que marchase de prisa.

Nada hay más divertido que esta manera de viajar. Es un deleite—inocente si se quiere—pero al fin deleite—ver las cosas del tránsito, que vuelan, que se escapan......

París es interminable. Atravesamos infinidad de calles, boulevares, plazas, puentes, parques, y dos horas despues entramos en un boulevard casi desierto á cuyo límite paró el coche. Estabamos en «Bullier.»

«Bullier» es un baile de estudiantes en que el desenfreno raya á una altura inverosímil. Las señoras, ó para hablar con mas propiedad, las mujeres entran de balde y casi todos los hombres que bailan reciben un sueldo arreglado á su habilidad, es decir á la extravagancia de sus contorsiones y á la ligereza de sus actitudes.

Algunas de las mujeres que acuden á «Bullier» llevan en sus miradas y en sus sonrisas las señales aparentes de una dicha no turbada por el mas leve disgusto. Otras se muestran como postradas y abatidas

por el dolor, ó aparentan un cinismo masculino que no deja de tener sus fervorosos admiradores.

De vez en cuando hallan, sin buscarlas, actitudes tan artísticas y seductoras que entusiasman al estatuario mas delicado y exigente. Las parejas de baile son en extremo numerosas y el arte coreográfico de «Bullier» queda reducido á levantar la pierna como signo de una habilidad particular que no se consigue sino despues de arriesgadas tentativas y prolongados estudios.

Desde que se pisa el dintel de la puerta de este templo de alegria se oye el ruido que sentimos cuando nos aproximamos á una plaza de toros.

Tuvimos necesidad de entregar nuestros bastones y sin este arma inofensiva bajamos por una escalera de caracol que nos condujo al salon mas pintoresco que puedan soñar mis lectores, y á cuyo extremo, en alto, formando ligera cuesta y como especie de anfiteatro, un jardin con 50 grutas enviaba fragancia delicada, de miles de arbustos, á aquel «Eden» donde los dos sexos franceses pagaban ruidosamente tributo á Tersícore.

Este recinto delicioso, lleno de aromáticas flores, de magníficos verjeles, de bosquecillos, de lagos y de cascadas constituye uno de los sitios favorecidos por el sexo bello mas alegre de París.

En el momento de penetrar en el *Edem*, una orquesta preludiaba la danza propia y característica del pueblo francés y cual si este baile tuviera el don de agitar las piernas, se formaron súbitamente 20 tandas.

El baile empezó, y yo, entrando en la valla de curiosos que lo presenciaba, gané la primera fila.

Miraba con extrañeza, quizás excesiva, el movimiento convulsivo de aquellas sílfides que llevando el compás de la música de una manera sin igual, hacian las figuras mas sorprendentes: avanzaban, retrocedian, manteníanse con un pié y elevaban el otro á una prodigiosa altura lo que me hizo creer que estas francesas estaban descoyuntadas.

En esta reflexion me hallaba cuando sentí caer mí sombrero y un ligero escozor en la cara. El pié de una de las bailarinas remontándose al ala de mi chapeau, lo habia echado á volar, y el tacon de caracol, de la bota azul que calzaba, habia rozado mi nariz.

Esto sucede con frecuencia, lo cual ocasiona un ruidoso aplauso, que se asemeja al que produce una buena estocada de Lagartijo.

Me ví confuso é intenté balbucear algunas palabras, pero no podia: me habia quedado afónico.

Otro aplauso más fuerte, más acentuado, parte de aquel cuerpo coreográfico y mujeres y hombres llevan su mano derecha á la boca significando tocar la trompeta.

Vuelvo el rostro, busco á mi amigo, pero este habia desaparecido entre aquella turba de demonios que gesticulaba, gritaba y reia de una manera desenfrenada. La muralla de bailarinas que me rodeaba cada vez era más fuerte y ese espesor humano se hacia imbarrenable.

Un pensamiento extraño atravesó mi mente. Dí un grito, un salto de acróbata y caí al suelo: fingí estar desmayado.

Instantáneamente veinte brazos femeninos me trasportaron á una de las grutas del jardin.

Allí me ví rodeado por aquellas cancanistas de tacon de caracol. Veinte pomos de esencias llevaron á mis narices y como mi conocimiento no regresaba, llamaron á voz en grito al Doctor.

Cinco minutos despues llegaba este discípulo de Hipócrates. Entreabrí los párpados y ví una figura rara, extravagante. Me recordaba á una autoridad improvisada y que segun mi entender tiene descompuestas las teclas del entendimiento, siendo inminente su clausura en un manicomio.

Este demente pulsóme con bastante detencion, y sus ojos, enderezados al techo, parecieron significar gran monólogo mental.

Los circunstantes le miraban con la boca abierta.

«Está reventado,» guturó mi Doctor.

Involuntariamente me palpé el vientre, sitio donde dicen reside la fuente de la salud. Estaba terso, pero aquello de «reventado» me trajo un sudor copioso.

Hé aquí, aulló el buen Doctor, los primeros síntomas *de estar abierta la cosa por el impulso de la otra interior*.

Esta *cosa abierta por la otra* me dejaron perplejo. Yo sabia que el lenguaje ampuloso en ciertas entidades políticas, siquiera sean risorias, sirve muchas veces para ocultar su falta de eficiencia, pero la verdad es que las barbas y melena de mi Doctor, su importancia en «Bullier» y hasta el temor con que le miraban las bailarinas, me hacian dudar de si estaba ó no reventado.

Esto hizo de que, para convencerme, moviera una de mis piernas, lo que ejecuté con gran facilidad; pero con sorpresa mia aquella legion de cancanistas, de tacon de caracol, á una señal del Doctor ataron mis brazos y piernas con un lienzo que á guisa de banda ostentaba aquel en su pecho.

¡La camisa de fuerza! gritó aquel «ordenador» estrafalario.

Abrí los ojos del todo y.... me consideré perdido.

Ví un espectáculo capaz de erizar el cabello: ví rostros que inspiraban terror. Ví otros que avanzando hácia mí parecian amenazarme.

Y, mientras tanto, del jardin, del salon y aun del boulevard vecino, venia gritería inmensa, en la cual frases parecidas á las de «muera el concejal» se repetian con fuerzas sobrehumanas. La gruta temblaba, hasta me pareció oir algo de incendio.

Y, ¡cosa rara! á pesar de no conocer yo este idioma, me parecia entenderlo. Comprendia, con esa intuicion que nos dá el peligro, que aquel cuerpo coreográfico, exhuberante de juventud, alegre y simpático, tenia razon en emplear la camisa de fuerza. Pero....

acaso estaba yo loco?... ¿Me tomaban por otro?

Estas ideas, que como relámpagos cruzaban por mi cerebro, me tenian alarmado, y hubieran llevado á cima el proyecto de la camisa de fuerza, si la orquesta no hubiera tocado aquel baile entusiasta. Felizmente el arco rasgó las cuerdas del violin, y la turba femenina, á semejanza de la nieve de Abril que se deshace á los rayos del sol, deshizo su rigor ante la llama de las miradas del Galeno que, rápido como una flecha, partió al salon seguido de mis cancanistas.

Entónces, haciendo un esfuerzo poderoso me desligué de aquella banda que ostentaba el Doctor....

Mi amigo habia hecho que la orquesta repitiera el popular baile francés, conociendo que así me salvaba de aquel loco que me queria atar...........

Dos horas despues nos reiamos de mi desmayo de «camama» y hacia la solemne promesa de curar radicalmente la hidrofobia del barbudo y mal pulimentado hijo de Hipócrates.

NO JUZGAR POR LAS APARIENCIAS.

Una visita á Mr. Hermam me hizo tomar el ómnibus que parte de la plaza de la Concordia á S. Cloud. Instalado ya cómodamente en uno de los diez y ocho asientos del salon, fijé mi vista en mis compañeros de viaje, que no eran más que cuatro. Frente á mí iba una jóven conversando con un individuo al parecer militar, si se atiende á unos bigotes de rabo asaz largo y á una pera descomunal que le daban aspecto, cuando ménos de capitan. Esta pareja heterogénea me hizo creer que nuestro hombre de los bigotes era padre de aquella jóven interesante que, sin alzar los ojos del suelo, sostenia plática mesurada, grave, circunspecta, con el autor de sus dias.

La jóven en cuestion vestia traje azul oscuro y sobre sus hombros una especie de manteleta sumamente ligera. Llevaba una capota-gorra, de donde le pendia un velo que apenas le pisaba el labio superior. En la mano izquierda una sombrilla-baston con la cual acariciaba la punta de un pié extremadamente chico y que calzaba una bota elegante. Era imposible fijarse en esta mujer sin experimentar una sorpresa agradable, porque se veia á primera vista el tipo aristocrático en toda su extension. Desde luego supuse que mi vecino seria un veterano bonapartista, ó cosa análoga.

A mi izquierda un obrero de esos que se ven en todos los ómnibus, de blusa azul, tomaba con frecuencia buenos sorbos de rapé que extraia de una descomunal caja.

Y al extremo del salon, y bajo el reberbero que se

coloca sobre la puerta que dá salida á la plataforma, una respetable madame, con su gorro-papalina, se acomodaba á entrar en relaciones con Morfeo, de lo cual dió cuenta á los pocos momentos, haciendo la respiracion mas gruesa y dando las mismas notas que se pueden dar en ese instrumento que se llama figle y que aun se ven en los pueblos del interior de España.

El obrero, cansado del rapé, consideró tambien cómodo imitar á Madame, y el militar por no ser ménos, rindió culto á aquel dios, á quien yo repudié para poder mirar mas á mi sabor la mujer del vestido azul. Esta alzó el velo que ocultaba su semblante y pude ver el mas encantador que se puede imaginar, como que sus ojos eran dos carbúnclos, su nariz correctísima, su boca un piñon, y la sonrisa que dibujó su faz un mar de esperanzas.

Madame, obrero y militar formaron un terceto que me hacía temer desboque del tronco ó espanto de los mismos. Felizmente las puertas del coche estaban cerradas y la orquesta *roncal* se ahogaba en aquel recinto.

Llegamos á la barrera de Auteuil. Como por encanto el militar se puso de pié (¿dormia?) y bajó con la jóven del vestido azul. Madame y el obrero la siguieron.... Poco despues entraba yo en casa del célebre prestidigitador y referia cuanto dejo narrado.

Al dia siguiente, en la rue de Vivienne, ví pasar como una exhalacion á la mujer del vestido azul, con la misma capota, con la misma sombrilla y tan solo con la adicion de unos guantes oscuros, de esos que llegan al estremo del brazo. Me reconoció, y una sonrisa provocativa, incitante, se dibujó en sus labios. Hizo mas..... me llamó.

Desde entónces estoy resuelto á no impresionarme tan pronto y á no juzgar por las APARIENCIAS.

EL OLFATO DE UN INGLÉS.

Armando Pompas cree que hemos venido á este mundo á jolgarnos y reirnos de las cosas mas serias.

Es uno de los seres más simpáticos que he conocido. Sus cabellos finos y sedosos de un color castaño; su frente hermosa y seria; dos arrugas verticales escondidas entre las cejas, que indican el esfuerzo habitual del pensamiento, y la expresion dulce de sus ojos cubiertos de hermosas pestañas de mujer, hacen que una vez visto no se olvide nunca.

Pompas aun no ha llegado á los dos napoleones; es soltero y posee una bonita casa en Richmond, sitio cuya frondosidad y encantador aspecto, léjos de tener igual es difícil haya imaginacion que lo conciba.

Su arboleda y situacion pintoresca sobre ambas orillas del Támesis, presenta uno de los mas deliciosos paisajes del mundo.

Armando, por ciertos servicios que se ignoran, como ignoramos los de otros caballeros, está condecorado con la órden de Jarretera que dá derecho á adornarse el cuello con un magnífico collar y la pierna derecha con una liga, que ciñe ó aprieta la parte baja del muslo. Gracias á Alicia, condesa de Salisbury, dulcinea que fué de un rey, que si mal no recuerdo, se llamó Eduardo III, el cintajo ó liga ha llegado á ser la más noble insignia del país.

Pompas, á pesar de su carácter jovial, burlon, y de su indiferencia á todo lo que huele á sensibilidad, tiene una facundia dramática que hace dudar, á quien le conoce y trata, si los tornillos de su inteligencia están flojos ó rotos.

Hará un año lo conocí en Lóndres.

Llevaba una carta de Mr. Lavergne, nuestro conocido Teniente de Bomberos, y en esta carta se me recomendaba á Pompas para que este fuese mi cicerone en la capital de Inglaterra durante mi corta permanencia en ella.

Mr. Lavergne, asaz previsor, me habia anunciado que Pompas no tenia domicilio fijo, pero que podia encontrarlo á la hora del lunch, en *London Tawen*.

Desde que penetré en este establecimiento comprendí que mi futuro cicerone se hallaba en él.

Mister Pompas? pregunté á un waiter.

Ahí le teneis—contestó el fámulo.

La advertencia era inútil. Mr. Pompas reia frenéticamente y le conocí en seguida.

Mr. Lavergne me tenia hecho un retrato tan perfecto del jovial inglés que no era preciso preguntar....

Y, ¿cómo va el bombero? exclamó Pompas al leer mi carta, con la cual empezó á hacer pelotillas. ¿Es ya capitan? ¿Se ha pronunciado? ¿Ha estado en España? ¿Visitó la provincia de Cádiz? ¿Tiene escrito algo? ¿Ha dibujado algun bocetillo que tenga ceuma con San Fernando, Medina, Alcalá, Puerto de Santa María, Puerto Real, Vejer, Conil, Olvera, Algodonales y Ceuta? ¿Vive aun en la Gironde, St. George, Rochefoulcauld ó ha pasado á Bolonia? ¿Está en voz? ¿Pertenece á los atrasados? ¿Come en el Gran Hotel, Continental, Maison d'oré, ó frecuenta la Trinité, Madame Pimpiniere?.... ¿Va á la ópera ó á Skating?...

Todo este diluvio de preguntas me dejaron aturdido. No habia duda.... á Pompas le faltaba un tornillo.

Pero—agregó mi eterno charlatan—á todo esto no le he dicho que mañana hablo en el Ateneo. ¡Si señor! Los socios, que ascienden á 15.000, me han dispensado la honra de nombrarme miembro de la junta directiva, y aun cuando creo—aquí para los dos—que ha habido *transacciones* para hacer triunfar mi candida-

tura, lo cierto es que como sospecho que lo mismo ha sucedido con las demás, no he titubeado en aceptar el cargo de vocal. ¿Irá V. mañana al Ateneo? Tenga V. en cuenta que se va á discutir un punto importante. El presupuesto tiene un capítulo que llaman de TRAGADERAS, en el cual la comision consigna 20.000 libras esterlinas para salir del paso, sin perjuicio de las adiciones de cajon á su debido tiempo. ¿No cree V. escandalosa esta cifra? Apenas basta la mensualidad de los socios para *llenar* ese capítulo.—¿Con que irá V?..... Bueno. Le prometo, en cambio dar un mal rato á la Junta directiva. Figúrese V., querido, que la mayor parte de sus individuos han vivido siempre á la sombra de los capítulos....

Oh! es mucho lo que pienso reirme. ¿No cree V. que ha llegado el tiempo de castigar esos CAIMANES retirándoles el plato y condenándoles á una dieta rigurosa? ¿No vaticina V. como yo, que apenas desaparezca el comedero, el enjambre de cocodrilos que azota nuestra sociedad como lepra terrible, irá á buscar sus lugares sucios y cenagosos?...

Pompas si no estaba loco parecia serlo. Comprendí que la manera de templar su exaltacion cerebral era no pronunciando mas que frases que ratificasen sus propósitos.

Sin embargo, no pude por ménos de hacerle una pregunta. La curiosidad me dominaba.

¿La Junta directiva no la nombran los socios? Ah! querido—me dijo. Como se conoce que no habeis mirado por el lente de Galilea. Los socios, á pesar de que pagan, muchas veces no tienen voto. Sus nombres, bien por lo difícil de escribirlos, bien porque han desaparecido de la lista de los vivos, no constan en los libros del Ateneo y solo figuran aquellos que verá V. mañana formando parte del público que nos oye, y á quien le está prohibido hablar.

Pero, señor de Pompas—dije entónces—¿cómo va V. á atacar esa distinguida Junta directiva, de la que

veo—con extrañeza—que sois uno de sus miembros? ¿Cómo vais á lanzar á esos saurios modernos del comedero donde hoy se relamen y se solazan á su placer.?

Pompas, como se vé, era contagioso. Me habia convertido en un pregunton, incansable como él!

No los lanzaré mañana, pero sí mas tarde—exclamó.

Y ¿cómo?....

¡Cómo! Oliéndolos.... y apretándome un dedo y despidiéndose con un grave Good-bye.... desapareció por la calle Flet Shut.

Inútil es decir á mis lectores que fuí puntual á la cita. Precisamente lo que pasaba en Lóndres pasaba en París, y segun malas lenguas, pasa en todas partes, menos en España.

No es posible, despues de todo, en ciudades tan populosas, como son ese cerebro del mundo, hacer una estadística fiel del número de socios que tienen derecho á votar, y así se comprende que figuren en las listas millares de muertos que entran en las urnas como los vivos entran por su casa. Esto ha sucedido siempre y sucederá, con más ó ménos restricciones, mientras haya urnas en los ateneos, á no ser que los Pompas estén constantemente *olfateando*.

Pero no anticipemos los sucesos y tomemos el baston por el puño.

El salon del Ateneo decorado con un lujo de verdura inverosímil, donde el peregil fraternizaba con la madre-selva y el laurel indio con las dalias, parecia un verdadero bosque. Al fondo se levantaba uu palco escénico como de dos varas de altura, y en él trece personas reclinadas en magníficos divanes á excepcion del Presidente, que, en el centro, y acostado en un suntuoso lecho, tan solo dejaba ver un gorro de dormir. Los demás miembros de aquella trasnochada junta vestian un ropon de escarlata ó púrpura, ricamente guarnecido de pieles, un collar de acero al cuello y una ancha toca.

Entre el follage de verdura y envueltos en una atmósfera poco odorífera, se hallaba un público numeroso, compuesto, en su mayor parte de empleados del Ateneo, contratistas y dueños de restauranes; y en las tribunas á derecha é izquierda, y al nivel del tablado donde *descansaba la Junta directiva*, porcion de Ladies que lucian vistosos ramos de flores.

Cuanto contemplaban mis ojos me tenian sobresaltado. Era tan raro, tan disparatado el espectáculo que se daba en el «Ateneo» que creí por un momento estar bajo la presion de una pesadilla: se me figuraba que presenciaba una comedia de mágia donde el autor juega, á su capricho, con las figuras principales: de otra manera no se concebia que un Presidente de una Asamblea, siquiera fuera extra-oficial, descansara en un lecho suntuoso en vez de un sillon, como es costumbre ó práctica en todas las sesiones que se celebran en el mundo, y en las cuales hay Presidentes y Vocales.

Por otra parte, aquellos apasionados devotos de Como vestian unos trajes tan antiguos, que sin saber por qué mi imaginacion se retrotraía á los buenos tiempos de la edad media, tiempos que no volverán jamás, porque no es posible que en un siglo como el presente que barre los escombros de los castillos feudales, renazcan los «derechos de pernada» y otras bagatelas á que parece eran muy aficionados nuestros antepasados.

Pero volvamos á tomar el baston por el puño.

Desde muy temprano las galerías del Ateneo fueron sitiadas por una multitud compacta ansiosa de asistir á la sesion donde Pompas iba á levantar su voz.

Cuando el cuerpo directivo abandonó su lánguida postura, el Presidente se sentó en el lecho y agitando la campanilla impuso silencio á los cuchicheos y todas las miradas se fijaron en Pompas que permanecia sereno é inmóvil en su divan. Todo el mundo notó que Mister R.... mostraba una frente radiosa, que una sonrisa plácida vagaba por sus labios y que revolvia en todos sentidos cinco ó seis volúmenes. Aquella biblio-

teca (que luego supe eran libros de cocina) despertó la curiosidad de los linces y vióse al Sr. Pompas armarse varias veces de su lente para examinarla á su placer. Mas tarde esa observacion, que pasó casi desapercibida, fué comentada vivamente por esos papanatas cuya sagacidad retrospectiva se complace en meter mucha bulla por detalles insignificantes que antes se le habian escapado.

El del gorro de dormir abrió la sesion.

Aprobada el acta de la anterior, Mister R.... procedió á combatir el proyecto de las TRAGADERAS del año económico, y en un discurso hábil, lleno de entremeses, impugnó las economías que la comision proponia, asegurando que él tenia otro plan doblemente económico, que de aceptarse proporcionaria al Ateneo un bienestar y unas ventajas, de que no disfrutaria, si por desgracia se eceptaba el de la comision. En su larga y fácil peroracion manifestó, con ayuda de sus inseparables libros, lo fácil que era un cólico si triunfaban los Heliogabalos.

Tomó en seguida la palabra el novel Mr. D.... Sus movimientos, su enfática serenidad, la colocacion de sus piés, en actitud como de cojer un tren que empieza á marchar, lo hicieron dueño del auditorio y lo sometieron á un silencio admirativo. Despues de haber considerado impertinente el discurso del Sr. R.... dibujó á grandes rasgos los recursos de los socios y demostró con su amplia y magistral palabra la necesidad que habia de aumentar el capítulo bucólico.

El ojo práctico del auditorio, de ese testigo que solo le es permitido rugir, que señala y predice emociones ruidosas, denunció á los pocos instantes que la discusion seria acalorada y que el nervio de la glotonería, encogido á consecuencia de constantes decepciones, iba á tener mas laxitud demostrándonos por medio del fénix de los ingenios, los vacíos del presupuesto.

La elocuente voz de este caudillo retumbó en el bosque y un silencio, parecido al de las tumbas, vino á

dar mas brillo á los poderosos argumentos que expuso el eminente tribuno. Dijo, entre otras cosas, que el capítulo de «tragaderas» no le asustaba, tanto porque era costumbre aumentar uno ó mas platos todos los años, cuanto porque él, segun estaba convenido, ORDENARIA la confeccion de ellos, pero que desde luego se oponia á que la vagilla se adquiriese en otros puntos que no fuese Lóndres. En esta capital—discretos colegas—tengo mis afecciones, y aquí Herman es un Potosí.—

Tiene la palabra el Sr. Pompas, exclamó el del gorro.

El hálito, tanto tiempo comprimido en el público, resonó en el bosque como los fuelles de un órgano. Los bouquet de las Ladies se agitaron.

Mister Pompas se puso de pié: echó una mirada incisiva á sus colegas R.... y D.... y con voz campanuda dijo:

¡Onnicientes compañeros! Difícil es para mí en este momento, cuando apenas acaba de extinguirse el eco de tanta voz hambrienta, que el sonido de la mia, *ahita*, tan solo oida en todo su desarrollo en London Tawen, deje en vosotros las tiernas impresiones que yo deseara......

Como un meteoro, mas bien, como una ráfaga de luz, como una oleada de perfume, como una melodía misteriosa......

¡Hurra! ¡Hurra!

Silencio, dijo el Presidente.

Como una melodía misteriosa que en la alta noche hiere nuestro oido dulcemente, y se disipa dejando en el alma cadencias y resonancias imperecederas....

Caballero—dijo al de la izquierda.—V. huele á *duty on wine vinegar, oil, and other provisions.*

¡Qué dice V! exclamó R....., que este era el aludido!—

¡Orden Sr. Pompas! dijo el Presidente agitando la campanilla....

Decia, señores,—continuó el orador—que la peroracion sublime, elevada y relamida de los colegas que me han precedido en el uso de la palabra, la moral que encierran los vastos propósitos del fénix de los ingenios, me recuerdan—no sé por qué—las equivocaciones lamentables de Herodoto y Strabon que, como sabeis, ya no existen. Estos sabios naturalistas que tanto nos han hablado de los cocodrilos considerándolos como los seres mas voraces y que segun el viajero Monger su apetito no se sacia nunca, ignoraban como ignoraba Voltaire en 1734 los beneficios del cloroformo y nosotros antes del 68 los de Herman, que la progenie de aquellos saurios, afinada y refinada, llegaran á inquietar á Darwin....

Caballero—dijo al de la derecha—V. huele á la *Velada of our Lady of the...*

¡Orden, órden, Sr. Presidente!

¡Stop! Stop! Stop! rugió el público.

Yo me reia á maja martillo. Pompas estaba verdaderamente sin tornillos. Tenia la calentura y de la exaltacion de su cerebro, se originaba, segun veia, una especie de locura terrible. Equivocaba á sus colegas con los caimanes.

¡Señores! exclamó (esta vez fijándose en el Presidente) Vdes. huelen á LIBREMENTES.

¡Orden! ¡Orden! gritó el del gorro, saltando del lecho y buscando las zapatillas.

Las Ladies se desmayaron.

¡A la barra! ¡A la barra! aullaron todos.—

¡Mister Pompas! ¡Público! La junta directiva se constituye en sesion secreta.

Señor Armando Pompas,

EL CUERPO VA Á OBRAR!!!!

Zambomba! ahora sí que huelen todos..... y el loco inglés, riéndose, y con los dedos en las narices, abandonó el Ateneo convertido ya en gran CAMORRA.

FALTA DE PIÉS.

Hay un libro que se titula «Cartas de Duyet,» que nos habla mucho de la Bastilla.

Tambien existe otro libro que se llama «Memorias de Barragan,» en el cual se hace un estudio profundo de aquella cárcel lóbrega.

Pero ninguno mas curioso, ni que dé datos mas verídicos que el escrito por Carniago. Este libro, cuyas páginas no llegan á cincuenta, marca los nombres de los que entraron y no salieron del fuerte espeluznante.

Sin embargo de que Carniago nos ilustra con mas perfeccion que los otros autores, dibuja muy ligeramente cuanto se refiere al *enmascarado,* ó sea al hombre conocido por el de la *máscara de hierro.*

No hay novela que al tocar en la Bastilla no nos hable de ese ser desgraciado, y tanto han dicho de él, tanto nos lo han transformado, que en fuerza de vaciarlo en moldes distintos y pasearlo por el campo de la fantasía, ó por el azul (como diria un curial que yo conozco) han convertido en un mito lo que tal vez haya dado una generacion, que anda, como el Judío errante, volando por esos mundos de Dios.

Puya, romántico de gran empuje, discurre que la máscara de hierro ocultaba un rostro muy parecido al de Luis XIV.

Y Delfin, naturalista sin igual, se le antoja que la *careta negra* fué disfraz de una *ella,* por cierto muy hermosa.—

¿Se puede formar un juicio exacto?

Lo cierto es que á pesar del *escudriño* de tanta au-

toridad, el hombre de la máscara de hierro no ha dejado partida de bautismo, ni de defuncion, y que esta omision ha dado márgen á que se tengan por fabulosas cuantas versiones tengan relacion con el enmascarado.

Pero si bien no se creen, ó al ménos se ponen en cuarentena, la verdad es que todo el que visita «La columna de Julio» recuerda en seguida el baluarte de marras, que por espacio de muchos años, y hasta el de 1789, fué el *coco* de los *descarriados*.

. . . .

Era el último dia de Carnaval de 1881.

Hacia un dia hermosísimo.

Las diez vertebras que nacen de la plaza de la Bastilla, como son boulevares Enrique IV, Beaumarchais, Ricardo Lenoir, Borbon, Fabourg de S. Antonio, Quay de la Contrescarpe y las calles de la Roquette, de la Bastilla, San Antonio y Lyon, se hallaban atestadas de gente y ese oceano humano, cuyo flujo y reflujo llegaba á la Columna de Julio, me tenia casi imposibilitado de regresar á mi Hotel, que, por otra parte, estaba bastante léjos.

Buscaba en mi pensamiento una braceria de las cincuenta que tenia á mi vista, y que recomiendo á mis lectores por si les agrada ser servido por manos femeninas, cuando un *dominó* blanco, careta negra y guantes negros, cruzó ante mí como una exalacion.

¡Si será este *dominó* el sudario del hombre de la máscara de hierro!

¡Si será la *ella* de Delfin!

¡Si será una vision engañadora!

¡Si será la sombra del huésped de Pignerol y de la Bastilla!

Yo, que momentos antes consideraba casi imposible vadear la plaza, me encontré que habia seguido á la «careta negra» no tan solo con la imaginacion sino con los piés, y que en diez minutos tenia salvado todo el boulevard de Enrique IV y parte de la calle del In-

fierno, lugar por cierto triste y silencioso y donde apenas se dejaban oir los mugidos de aquellas oleadas humanas que inundaban la plaza de la Bastilla.

El dominó blanco penetró en el restaurant del Ancla de Oro.

Inútil es decir que penetré yo tambien.

Mi sorpresa fué extraordinariamente grata al encontrarme con una linda rubia que despojándose de sus atavíos carnavalescos me dejaba ver un esbelto talle de ancha y redonda cadera....

Macdemoiselle llamó á un garson y le pidió «Sol.»

Lo mismo—dije yo—sentándome próximo á su mesa.

No he visto comer de una manera mas delicada.

Mi rubia, digo la rubia—engullia el pez, empezando por la cola.

El pez ó los peces desaparecieron.

Otro sol—dijo.

Lo mismo—repetí yo.

Macdemoiselle arremetió al lenguado con ansia febril.

Lo mismo hice yo.

Otro sol....

Lo mismo.... guturé yo.

Esta vez la linda extraña mujer derramó sobre mí una mirada furtiva, y..... ambos prorrumpimos en una carcajada.

Estaba hechicera.... Ojos garzos en cuyas pupilas se esmaltaban deseos, pasiones, volcanes..... airosa y torneada la mórbida garganta, alto y desarrollado el seno.....

Monsieur—dijo ella—¿no vamos á comer mas que soles?....

Lo que Macdemoiselle coma comeré yo.

. . . .

Un coloquio raro, en el cual se estropearon los idiomas de Racine y Cervántes, salpicó el almuerzo que ultimó una diminuta copa de coñac, sellando así, ante Baco, amistad eterna.

La dí el brazo.

Supe se llamaba Eva de Pommar; que confeccionaba flores artificiales y que habitaba un cuarto tercero en un hotel amueblado del boulevard Batignoles: que sus goces estaban limitados á ir los Domingos á Bullier: que era sola y libre......

Me ofrecí á acompañarla á su casa y aceptó.

Entramos en una estacion de ómnibus. Tomé números: subimos á la plataforma.

Eva estaba encantadora. Un viento apacible, el céfiro, movia la pluma de su sombrero de archiduquesa y hasta las pestañas de sus grandes párpados parecian esperimentar ligera oscilacion.....

Llegamos á la primera estacion. Llevabamos billete de correspondencia. Yo bajé y tomé la mano de Eva.

Era la hora del mochuelo.

Macdemoiselle subió á la plataforma del otro ómnibus en el momento en que este marchaba.

Yo intento subir, pero el vehículo mueve mas de prisa sus ruedas.

Eva me hace señas de que aligere el paso: Sus manos se agitan en el aire y trazan un círculo de atraccion hácia ella. Yo vuelo..... pero el carro mas......

Las formas de Eva cada vez son mas oscuras y.... un instante despues la silueta de mi amiga de una hora desaparecia entre las brumas del Sena que hacian imperceptible el boulevard National.

CUIDADO CON LOS DEDOS.

¿Quién de vosotros, aún el más misántropo, el más alejado de la bulla, estando en el momento más turbado de la vida moral, en una de esas casas donde el tapete verde sirve de alfombra á cuatro cartas, como por ejemplo, *dos judías y dos mayores*, no ha sentido arranques de reir hasta completar una carcajada?

Y, ¿quién de vosotros, aún el más *tronera*, el más *calavera*, estando en la hora más alegre de su vida, en esos palacios del vicio donde nace la relajacion de costumbres y brotan los *sobornos y tributos*, no ha sentido erizársele el cabello al ver desaparecer en la alta noche, casi al compás de una vuelta de la mano izquierda, la pequeña ó modesta fortuna del incauto *punto*?

No sin razon las empresas ó dueños de ruletas ven un enemigo mortal en esas fábricas de naipes que escupen millones de libros, cuyas 48 páginas desquilibran fortunas y producen centenares de desertores entre los amantes de los 37 números.

El tapete verde ha sido siempre el rival más encarnizado de la vertiginosa copa.

Las volteretas, cabriolas ó vueltas de la mano izquierda, dadas por la *cabecera*, ó por el *burlote*, devoran con la rapidez del rayo la cuarta parte de la apuesta del «punto,» y el sin número de ellas viene á dar al garitero un interés cien veces más crecido que el que devenga ó chupa, de las clases pasivas y de los proletarios, ese Matatías vampiro de nuestra sociedad.

Así discurria Enrique Letal, capitan de lanceros,

en situacion de reemplazo, despues de cerciorarse que la banca era *á todo trapo*, y en el momento en que ponia un franco á un dos de espadas que hacia competencia al rey de oro.

Letal habia estado media hora antes de la en que tenia lugar su apuesta de un franco, en una plaza donde la esfera del reloj de un templo católico, que mira al Norte, marcaba las tres de la madrugada.

Se hacia una cuenta muy singular pero que no por eso deja de ser bastante comun entre los lectores del libro verde. El lancero en un diálogo entablado consigo mismo habia convenido en que podia dar cuatro *golpes:* si acierto—murmuraba—me encuentro con 16 francos; y como Letal no admitia recursos de casacion á sus fallos por considerarse areópago, torció por la vértebra mas corta de las que afluyen á la citada plaza y desembocando á los veinte segundos en una calle que lleva el nombre de un ilustre pintor penetró en el garito, donde alrededor de una larga mesa habia diez personas con el aliento sujeto, contemplando á otras dos, que en el centro, y frente á frente, respiraban á sus anchas. Eran el banquero y el gurupié.

¡¡Juego!! decia el primero—despues de haber apostado el franco nuestro lancero—y la zurda de aquel, dando la cabriola, presentó un dos, el dos de basto.

El capitan, veterano en garitos y burdeles, y por consiguiente conocedor de los *levanta-muertos*, agitó su diestra esperando la voz sacramental.

¡Un franco! dijo el gurupié.

¡Mio! gritó el lancero.

¡Mio! exclamó otro prógimo que tenia á su lado.

Junto al dos de espadas no habia más que un franco. Las demás monedas eran bustos de aquellos monarcas aureos que precedieron á los Napoleones....

¿Tuyo? ¿Tuyo? ¡Ahora verás!... y desenvainando *Enrique, la marina*, como llama á su hoja afilada, empezó á repartir sablazos sobre el banquero, gurupié y puntos, siguiendo un molinete vertiginoso que mató las

3

luces y llenó de negras sombras el salon.

Ni una voz humana se oia en el garito: tan solo se sentia un ruido parecido al que produce una carrera desenfrenada.

Letal creyéndose solo corrió al centro del tapete, al mismo tiempo que la triste y melancólica luz de un fósforo dejaba ver un monton de dedos sobre el mismo.

¡Mi franco! ¡Bombas! decia el lancero y atizando un cintarazo al fosforista (que era el levanta muertos) avanzó á la montaña de dedos que cubria el centro del tapete....

¡Mi franco! Rayos y Lucifer! gritaba el capitan....

La luna, descubriéndola ligeras nubecillas que la tenian eclipsada, asomó su cara de pandero por entre las graciosas agujas de las dos torres del templo católico y *Enrique el de la marina* contempló con horror que el disco del astro nocturno irradiaba un monton de dedos agarrotados y enrogecidos.

Eran los veinte del banquero y gurupié.—

Desde entónces Enrique Letal dice: «*No hay juego por falta de banqueros.*»

UN VALIENTE.

Es muy antigua la creencia de suponer hombres de gran valor á todos aquellos que se imponen la mision dificilísima de asustar al público narrándole hazañas que solo existen en su imaginacion y *duelos* que solo han conocido en entierros y funerales. Si el público pudiera penetrar la vida íntima de estos decantados duelistas, que ni aun *el palo* saben manejar, estoy seguro que modificaria su opinion y se reiria de las proezas de estos perdona-vidas, que mas bien que proezas, son bufonadas.

¿Será que la bravura supuesta del protagonista de esta anécdota basta y sobra para ciertos y determinados fines?....

En una ciudad que no cito, porque no es del caso designarla, penetró una tarde de no sé qué mes, ni de qué año, un apuesto mancebo, de regular estatura, de corpulencia un poquillo pronunciada, ojos vivos y cuya persona toda presentaba una mezcla indefinida de fogosidad y de mando. Era imposible verlo sin sentir escalofrio. Tenia la frente ancha y prominente, las megillas llenas y coloradas, la nariz abierta é inchada, y por una analogía, sin duda lejana con los animales, en los que se distingue un gran vigor muscular, como el leon y el toro, tenia el cuello corto y vigorosamente adherido á sus hombros hercúleos; llevaba la cabeza alta y como echada hácia atrás en actitud de desafío. En una palabra y para resumir el retrato de este mancebo, cualquiera puede imaginarse un Cid.

Nuestro señor, al pisar una plaza conocida por de

San Juan de Dios, contempló por breves momentos las Casas Consistoriales, lanzó una mirada oblícua hácia el sitio donde estuvo la casa Isleta y se encaminó por una calle que llaman de la Aduana, meditabundo, cabizbajo, cari-contecido y algo trémulo. Parecia como que iba *escamado* y el más antifisonomista hubiera podido notar en el semblante capotudo de nuestro forastero signos de gran preocupacion.

El hombre abstraido cruzó las calles Aduana y Cruz de la Madera, plaza de Mina, calle de San José y Murguía, penetrando á los pocos momentos en una plaza memorable desde el año de 1820. En esta plaza, que se nombra de San Antonio ó de la Constitucion, el apuesto mancebo tuvo un instante de vacilacion: sus ojos tan pronto se fijaban en el café de Apolo como en la calle de Junquera; pero esta vacilacion duró lo que dura un rayo, fué rápida, corta, apenas vista por el transeunte, y sus pasos se enderezaron hácia el dios de las musas..........

Lo que pasó en este lugar de recreo ha sido siempre un misterio para el autor de estas líneas, pero lo que si puede asegurar que apenas las campanas de San Antonio tocaban las Oraciones, el forastero salia del café, mohino, confuso y aun algo atolondrado: su cuerpo fué á posarse en uno de los asientos de la plaza, frente á la calle de Junquera, y su mirada de ÁGUILA se fijó en una especie de chiribitil, punto de reunion de algunos Demóstenes del parlamento genovés.

El Cid, repuesto, al parecer, de lo que no sabemos le acaeció en «Apolo,» arregló sus enmarañados cabellos y fijando uno de sus dedos en un bulto que á manera de lobanillo se descubria en su cabeza—dijo:—«Este balin puede ser mi ejecutoria,» y levantándose con la agilidad de una ardilla, marchó directamente al chiribitil enunciado, donde, preguntando por Eduardo se le invitó á que subiese al altillo.

Vamos á ver! exclamó Eduardo dirigiéndose al Cid —Vd. ya no es cantonal, segun veo, y quiere adherir-

se á mi compañía de aspirantes.

Si señor—musitó el forastero.

Pues bien, para que V. no esté ocioso es menester dar un órgano á mis gentes y que V. lo toque. ¿Entiende V. algo de música?

Un poco, señor.

Apee V. el tratamiento amigo.... ¿Su nombre de usted?

Ricardo, querido Eduardo.

Así me gusta; la confianza ante todo, y en prueba de ello voy á decirle que estamos perdidos si no publicamos un periódico fiero, contundente, única manera de entretener á la compañía donde noto conatos de rebelion; pero esto ha de ser con una condicion.

Cuál—exclamó Ricardo.—

Que V. ha de afrontar las consecuencias y dejar bien puesto el pabellon. Vamos á ver ¿qué armas manejais?

Manejo—dijo Ricardo—el florete, la estaca, la carabina, la pistola, la faca, el puñal y las tijeras: todo, menos el hacha.

¿Y ha recibido V. el bautismo de sangre? ¿Ha pisado V. el sitio del honor.

Mis caderas, mis brazos y mi cabeza tienen signos que marcan una docena de duelos.

Está bien, y á una voz de Eduardo, Pedro el excomulgado penetró en el chiribitil y con una destreza admirable, despojó á Ricardo de todas sus prendas, exhibiendo los contornos admirables del Cid.

¡Bien! ¡bravo!! exclamaron Eduardo y Pedro. Veamos la cabeza...... Pero—qué es esto?—y los ojos de Eduardo y el excomulgado se abrieron extraordinariamente marcando asombro inaudito.

Ricardo comprendiendo que el asombro lo producia la bóveda del balin, enderezó su cuerpo de atleta y señalando la especie de almendra que sobresalia entre los pelos, con voz campanuda exclamó:

Esto es, querido Eduardo, la bala que me envió un

coronel y cuyo proyectil le costó la vida.

¡¡No, no, no, no es eso; rugieron el excomulgado y Eduardo, no, no, no es eso!!

Pues entónces qué es? gritó el bigornio....... y su diestra—siguiendo los ojos de aquellos dos hombres que huian—se humedecia en la pequeña dósis de flema casi coagulada, que habia recibido en Apolo, y que en vano trataba de arrancar de sus megillas.

UN SABIO.

I.

¿Ha venido alguien, Tormenta?
Si señor, ahí ha estado D. Ricardo.
Y ¿qué queria?
Parece ser que tiene que hablar con V. para una firma....
¿Para una firma?... Está bien, si vuelve hazlo entrar en la sala; ahora dame de comer. ¿Qué has cocinado?
—Tiene V.... tiene V. sopa de interventores, paella fusionada con conservas, genoveses en tortera, toro estofado y....
Basta: dame un buen plato de lo último y un genovés, el mas gordo.... pero corriendo, necesito masticar algo.
Tambien tiene V. lengua de toro.
No, es muy dañina, traeme dos orejas.
Imposible, D. Pantaleon.
¡Cómo imposible!
Si señor. D. Cristóbal se ha comido una á la Papillot, es decir, envuelta en una hoja de papel.
Pues bien, tráeme la otra pero sin hoja....
D. Pantaleon Centellas devora en cinco minutos el genovés y la oreja del toro, bebe una copa de vino municipal, enciende un veguero que ha pagado derechos, y reflexiona sobre las miserias de este mundo, la ambicion de ciertos entes, el deseo de figurar por medio de ardides, las contingencias de la vida, los Demóstenes improvisados, la indiferencia de las nueve décimas

partes de nuestros hombres, la farsa de algunos periódicos, los fenómenos de la política, sus peripecias y.... unas cuantas cosas que asaltan y vagan en nuestro cerebro cuando estamos solos, envueltos en una templada atmósfera y reclinado en un divan á cuyos piés besa los nuestros una gruesa alfombra.

D. Pantaleon es como todos los hombres: tiene su ventana.

Unos creen tener simpatías cuando son odiados: otros creen ser una eminencia cuando son media cuchara: otros la dan de Robespierre ó de Cronwel y son unos bamboches.

D. Pantaleon cree haber encontrado el veneno más activo, más enérgico, más mortal.

Es entusiasta por la condesa Locusta, la amiga de Neron y enemiga de Agripina y cuando le hablan de la Duquesa Lucrecia llega al delirio su admiracion.

A fuerza de estudios y de viajes ha logrado descubrir que el *curare* no es veneno vejetal sino animal, y que este gérmen de destruccion reside en las sienes del sapo de la India.

No pasa un dia sin que Centellas examine una docena de pastillas cuya masa es la secrecion ó licor de las glándulas que se ocultan en las sienes de aquel animal.

El *curare* tan solo es peligroso introduciéndose en la sangre.

Aplicarle á la punta de cualquier arma; pinchar con ella, hacer un giron, y en el acto tendreis un muerto............

Señor, dice Tormenta en el momento que D. Pantaleon frota una de las pastillas en la acerada punta de un puñal, ha llegado nuestro hombre y por cierto que trae un grueso baston, y si la vista no me engaña un rewolver en el bolsillo del chaleco.

¿Y quién es ese matachin?

El de la firma.....

¡El de las procesiones! Llévalo á la sala.

II.

Don Ricardo pasa á la sala y se entretiene contemplando dos magníficos cuadros.

Uno de ellos representa las *quintas* del 74 al 79.

Otro, la agonía de ochenta ancianos que envueltos en una porcion de abadejos llevan retratada en sus rostros la herradura de la muerte.

Ambos cuadros son de un efecto sorprendente.

Don Ricardo está con la boca abierta. Admira esas pinturas del pincel de Cánovas y queda como estasiado.

Pronto recobra su estado normal y una lágrima rebelde corre por sus cachetes.

¡Si habré llegado tarde! murmura.... y sus ojos pequeños, vivarachos, se fijan en el lienzo de las *quintas*, donde cien mujeres, en el muelle de Cádiz, despiden á cien hijos que van á buscar la muerte en Cuba.

Este cuadro está apreciado en cien mil duros.

¡Dichosos tiempos, pensaba D. Ricardo!

De este monólogo *envidioso* lo saca D. Pantaleon, el cual tocándole ligeramente en las espaldas, le dice:

Amigo mio! ¡Tanto bueno por casa!.... En qué puedo serle útil? Siéntese, descanse.... pero tome agua, le veo fatigado.—

No es nada amigo mio: el cansancio.... los 125 escalones que hay que subir para llegar á vuestra habitacion.... pero ya estoy bien, y dispuesto á seguir mi escursion.

¡Hola! ¡hola! conque estamos de escursion....

Sí, amigo mio, mañana hay que entregar estos pliegos que designan los interventores y apenas tengo tiempo para recoger unas 30 ó 40 firmas. ¿Puedo contar con la de usted?

Con eso, y con todo lo que V. quiera. Ya sabe que soy uno de sus admiradores y que siento un placer inmenso en servir á los amigos.

Y D. Pantaleon miraba con tal fijeza á D. Ricardo, que éste sin saber por qué, sintió un movimiento de tripas.

El Sr. Centellas pasa á la habitacion próxima y dice á Tormenta en voz baja, pero lo bastante para que el de las tripas le oiga.

Echastes las cuarenta gotas de arsénico en la botella?

¡Cincuenta, señor!

Es hombre muerto. ¿Y de lechuga?

¡Veinte, señor!

No dura diez minutos............

Don Pantaleon vuelve á la sala con recado de escribir en una mano, y en la otra los pliegos donde ha de firmar.

Don Ricardo está desmayado.

¡Tormenta! ¡Tormenta!

¡Señor!

Abre las ventanas y trae una palangana.

Las ventanas se abren y el contenido del receptáculo se vacia en la cara del traspuesto.

¡Asesino! exclamó apenas vuelve en sí. ¡Asesino! He bebido agua y con ella vuestros venenos! ¡Asesino!

Don Pantaleon está con los pelos en pié. Parece un erizo.

Vamos, no griteis, todo es vano. Estais en mi poder y necesito vuestro *curare*.

Pero, ¡este hombre está loco! ¿de qué *curare* hablais?

Del que llevais en las sienes. Teneis mucho parecido al sapo de la India y necesito abriros el cráneo, caballero.....

Por favor, D. Pantaleon! salvadme!... y D. Ricardo sudaba á mares.

No, imposible, imposible: necesito las glandulillas

de tus sienes. Vas á morir: ya tu cara presenta los signos mortuorios: ya tus cejas toman el color pardusco que tanto se asemeja á la cola del gato: ya tu bigote crespo, bronco, se doblega: ya tus narices se dilatan.......

¡Favor! ¡favor!.... D. Pantaleon de mis entrañas, sálveme V., sálveme Vd., ¡pero... pronto! porque siento en mi cuerpo un picor extraordinario.....

Ese es el licor de la lechuga que empieza á funcionar... pero aun todavia puedes vivir ocho minutos... Mira ese cuadro.... y D. Pantaleon arrojándole una de esas miradas fijas, penetrantes, que intentan sondear hasta el fondo del alma, tendia su diestra á los ochenta ancianos envueltos en abadejos, que parecian salir del lienzo y avanzar hácia D. Ricardo.....

¡¡Mira el otro!!.... y D. Pantaleon señalaba el de las *quintas*, donde un centenar de mujeres, pobres y descalzas, agitan sus pañuelos dando el último adios á los pedazos de su corazon que van á morir en Cuba.

D. Pantaleon estaba imponente.... Parecia el ángel de la rebeldía....

Don Ricardo conoció que era llegado su último momento y arrodillándose á los piés de aquel loco suplicó con tanto fervor, dió tales gemidos, que, por fin, el hombre de hierro, el apasionado de Locusta y Lucrecia quedó vencido.

¡Don Ricardo estaba salvado!

Da gracias á Dios de que el papel que trae el nombramiento de interventores está confeccionado con papas. Este vejetal es el único antídoto para el veneno que tienes en el cuerpo.

¡Cómelo y vivirás!

Don Ricardo se convirtió en un antropófago: en un minuto devoró los pliegos de papel y en otro desapareció de la casa de aquel energúmeno que queria abrirle el cráneo.......

Al dia siguiente las *mesas* no tenian intervencion.

Á LOS FATALISTAS.

¿Está escrita la hora en que hemos de morir?

. . . .

Pasada la Puerta de Alcalá y frente al *Retiro* está la carretera de Aragon.

En este sitio silencioso, y en un piso tercero, viví cinco dias.

Mi habitacion tenia vistas á un jardin de la misma casa.

Este jardin tiene seis cuadros que corresponden á otros tantos vecinos.

El segundo dia de ocupar mi departamento ví asomar al balcon que se rozaba con el mio á una mujer, jóven aún, extremadamente pálida y de aspecto triste.

Dos niñas, dos querubines, jugaban en uno de los seis cuadros mencionados.

¡María! ¡Clotilde! exclamó mi vecina.

Las niñas alzaron sus cabezas, de cabellos rubios, y me enseñaron dos caras interesantísimas.

Ambas no pasarian de cinco años. La vecina me miraba con atencion.

¿Tenia complacencia en la que yo esperimentaba al ver jugar aquellos dos ángeles?...

Las madres quieren á todos los que miran dulcemente á sus hijos. El amor maternal es infinito, sublime, divino.

Al dia siguiente ví entrar á mi vecina en una estacion de tranvía.

En el momento de arrancar el coche subí á la plataforma.

No se me olvidará nunca. Tras los cristales de las ventanillas miraba yo á aquella mujer, que me miraba á su vez con una fijeza que me hizo bajar los ojos.

Sospechaba que la seguia?....

No lo sé; pero aquella mujer pálida, de facciones hermosas y de ojos azules, esmaltaba en sus pupilas una inquietud asaz visible.

El coche paró en la Puerta del Sol. Mi vecina se internó por la calle de la Montera y yo la seguí, á bastante distancia.

Diez minutos despues entraba en una casa de la calle de Hortaleza, en cuya puerta leí este sarcástico rótulo:

LA BENEFICIOSA.

. . . .

Pasaron dos dias y las puertas del balcon de mi vecina permanecian cerradas.

Al siguiente, al ir á entrar en mi cuarto, noté que el porton del próximo estaba abierto.

Maquinalmente, sin saber lo que hacia, entré en la habitacion de mi vecina......

Sobre un catre de tijera estaba el cuerpo, ya inerte, de la mujer de rostro pálido.

A los piés otra mujer, la portera, lloraba.

Y las preciosas criaturas, las niñas huérfanas de rubia cabellera y purpúreos labios, riendo y comiendo dulces, me decian:

Mamá duerme, caballero....

Salí de aquella casa con el alma apenada, pensando en María y Clotilde y sintiendo, por la primera vez de mi vida, no ser un Creso.

. . . .

¿Está escrita la hora en que hemos de morir?

Y, ¿al apuntarse en el libro de la vida, el término de la de mi vecina, se pensaba en María y Clotilde?...

UN MITO.

No hay ser en este mundo, cualquiera que sea su organizacion, que no tenga en cada fase de su vida un deseo hácia el cual su pensamiento se vuelve con amor, como se dirige el cesante á una credencial.

La imaginacion no está nunca inactiva en sus aspiraciones, y se deja llevar á menudo por los ensueños mas estravagantes ó de imposible realizacion.—

El pobre calcula que haria de una peseta en el mismo instante en que el hambre le azota, el prisionero se ve libre en medio de las mas risueñas campiñas, en tanto que la frente que tal piensa se apoya en los hierros de su jaula!

Todos tienen preocupaciones, pájaros, muñecos.

Los mios son atroces.

Figuraos, queridos lectores, que hace tiempo trato de presentar un proyecto de *cordura* al sultan de Turquía, el cual tiende á concluir con todas las casas de Orates.

Por desgracia, mis relaciones para con aquella autoridad están enfriadas á consecuencia de no ser yo turco, ó mejor dicho, no ser renegado.

¿Hay alguno entre vosotros que siendo renegado quiera presentar mi proyecto?

Por si acaso lo hubiere—que lo dudo—alla van mis muñecos.

Y para que mis lectores puedan conocerlos á sus anchas, figurémosno que Cádiz es Constantinopla pero en hipótesis ¿me entendeis?....

Soy el sultan por 48 horas.

Con todo el lujo y explendor de mi real persona, y precedido de cien eunucos, me trasladaria á la casa de dementes de Cádiz. Allí, en el palacio de la locura, y prévia la salva de veinte y tantos cañonazos que anunciaria mi presencia, ordenaria al Director que reuniese á locas y locos en el patio principal del establecimiento.

Una vez reunidos, les diria:

«Señoras y caballeros.» Vuestras aspiraciones se van á realizar. La que desee una banda ya la tiene. El que desee ser Alcalde ya es Alcalde: el que desee ser Diputado ya es Diputado: el que desee ser ordenador de pagos ya es ordenador de pagos: el que quiera cruces ya tiene cruces: el cesante ya está colocado: el que quiera turron ya tiene turron. ¿Estais conformes?

Sí—dirian.

¿Estais conformes?

Sí—exclamarian.

Pues bien, energúmenos mios, en pago de estas concesiones que yo os hago, para que no os devoreis, me vais á hacer un favor.

¿Cuál?

Que mañana á la noche, á las diez, doy un baile en el Palacio-Aduana, y que me seria muy grato ver á todos ustedes en él, pero con una condicion.

¿Cuál?

La de que todos llevarán el distintivo del puesto que ocupa.

Acto seguido me trasladaria al Palacio-Aduana, prévio tambien veinte y tantos cañonazos, á que contestarian otros tantos de Santa Catalina y San Sebastian y la campana de Capuchinos, agitada por quien corresponda.

Llegado á mi real morada daria órdenes para que enviasen á mis convidados bandas, cruces, bastones, credenciales y turron, encomendando lo último como de carácter urgente.

A las diez de la noche siguiente, los carruages de

la capital, incluso los fúnebres del Sr. Arana, cubririan la solitaria plaza que da acceso á la casa de Orates.

Los mas furiosos, los que por espacio de seis años hubieran disfrutado, en el mundo de los cuerdos, de la masa alicantina, serian colocados en los carros fúnebres por mi vanguardia de eunucos, y los menos exaltados, serian trasportados á los demás vehículos por el célebre Arabi, hoy prisionero.

Por este órden, mis locos marcharian al alcázar.

El salon régio, hoy llamado de sesiones,—y de las cuales se hablará á su tiempo— sin butacas, sin sillones, sin bancos, ni nada mullido, sino con asientos de mármol, seria el designado para mover las piernas y las bandas de música de los pueblos de la provincia de Cádiz, dirigida por el tambor mayor del regimiento de Artillería, tocarían sin cesar, desde las diez de la noche á las seis de la mañana, el vertiginoso can-can.

A medida que fuesen exhibiéndose mis locos, Arabi los anunciaria en esta forma.

Las de la banda.

Los 80 Alcaldes de tal pueblo.

Los 200 Diputados.

Los 50 ordenadores.

Y así sucesivamente hasta que mis ojos viesen reunidos todos esos pobres maniáticos, cuyo afan no es mas—pensando piadosamente—que llegar á ser *para siempre* lo que no pueden, ni deben ser siempre. Entónces, á una señal mia, Arabi abriria puertas y ventanas, y el pueblo, esa plebe que habita antros, donde tirita de frio, y que elabora el turron, sin poder comerlo, daria rugidos estrepitosos á semejanza de los que en tiempo de Neron sonaban en el circo romano.

El tambor mayor agitaria su porra-batuta y los miles de instrumentos de metal tocarian el baile francés.

Locos y locas, aquellos con baston, placas y cruces, y estas con bandas y trajes de cola, se entregarian con furia loca al loco can-can.

¡Can-can! ¡can-can! Siempre can-can.

Darian las doce, la una, las dos, las tres, las cuatro y los obreros, el pueblo, avanzaría á la Casa-Aduana, como avanzan las olas del mar.

Un sudor copioso bañaria el cerebro de mis bailarines que, cansados, fatigados, buscarian un asiento, pero estos serian ocupados por la plebe, que con rostro famélico contemplaria tanto baston moviéndose, tanta cola barriendo la alfombra del salon.

Los locos no podrian tenerse en pié; tirarian los distintivos tan codiciados, y la luz de la razon penetrando en sus inteligencias nebulosas, como penetra el hacha en leña frangible, les haria tomar un acuerdo, de que no existe ejemplar en las actas antiguas y modernas: ABANDONAR PARA SIEMPRE MI ALCÁZAR.

Por desgracia no soy turco y aun mucho me temo, que siéndolo, el sultan no me confiriese facultades tan latas, por temor á que se despertara en mí la loca ambicion que domina en los manicomios de Turquía.

Sin embargo, si alguno de mis lectores cree factible la realizacion del proyecto, puede hacerlo suyo.

EL NIGROMÁNTICO DE NEUILLY.

El Faubourg de St. Honoré, especie de sierpe que ciñe al boulevard Hausmann, es uno de los de más tránsito de París.

Por este Faubourg donde tiene su puerta principal el Palacio del Elíseo, pasan los ómnibus que nos llevan á Neuilly.

En uno de esos dias despejados y hermosos que solo pertenecen al invierno y que son tan raros en París, donde esa estacion dá constantemente niebla y escarcha, salí de la «Magdalena,» lugar donde parten los ómnibus á aquel punto, con ánimo deliberado de visitar á un nuevo Cagliostro, archivero del Mairie, ó sea la casa del pueblo de Neuilly.

El fin de la avenida de los Ternes, es el fin de París por la parte del Sur, y en este límite de la gran ciudad existe una verja de hierro, á que llaman barrera, por enlazar ó tener principio en ella el bonito pueblo cuya casa iba á visitar.

No vayais á figuraros que el Mairie de Neuilly es un edificio á estilo de los que tenemos en España: la casa de que os hablo es bastante humilde y á no estar levantada en una plazoleta, sitio que le da alguna apariencia de señorío, se confundiria entre esas ciento de aspecto modesto que se notan en Neuilly. Se distingue además por un buzon que á la izquierda de la puerta principal asoma una boca enorme y que marca ser Meson de posta.

En este edificio entré á las 12 del dia, de uno que, como os he dicho, era despejado y hermoso. Subí los

ocho escalones que conducen á la oficina del Cagliostro y allí le encontré hojeando un libro, cuyas partes rotas, desvencijadas, denunciaban falta de policía ó luengos años.

El nigromántico estaba tan ensimismado en la lectura de aquel enorme libro que apenas notó mi presencia, lo cual me dió tiempo sobrado para que fijase mi vista en una hoja que contenia este membrete:

EL CENTRO.

Eh! querido—dige al Cagliostro.—¿Tan preocupado estais que no me sentis? Vamos á ver, aquí me teneis.

No sé qué fué mas pronto, si verme ú ocultar el libro, pero al desaparecer éste, osciló en el aire una hoja de las desvencijadas que vino á caer á mis piés. Fijé la vista en el suelo y aquel membrete lacónico que habia excitado mi curiosidad, de súbito se convirtió en

«LA DERECHA.»

¡Qué es esto! dije para mi capote.—Yo he leido centro y ahora leo derecha. ¿Me habré equivocado? y mi pié derecho aprisionó aquella hoja tratando en vano de ocultarla. El membrete crecia, y al medrar, las letras se mistificaban.

¡LA EXTREMA IZQUIERDA!

¡Caracoles! exclamé—esta vez en voz alta.

El nuevo Bálsamo me miró y sus ojos lanzaron dos rayos que me dejaron petrificado.

De pronto la hoja empezó á moverse, y mi pié á bailar sobre aquel rótulo que cambiaba sus letras con una rapidez inaudita.

¡LANGOSTAS DEL PAIS!

No me pude contener. Avanzé á la hoja como el cesante á una credencial, y al ir á cogerla, el membrete diabólico se trasformó en un repugnante mónstruo que con la boca abierta y en actitud poco tranquilizadora para mí, anunciaba tener hambre, pero hambre voraz.

Inútil es decir á mis lectores que ante boqueras tan tremendas desaparecí—como un meteoro—de la casa del pueblo de Neuilly.

LA CAPILLA EXPIATORIA.

Una proposicion de ley distribuida el 7 de Febrero último á los Diputados franceses, tiende á la demolicion de la capilla expiatoria. El preámbulo se halla concebido en estos términos.

«La ley de 21 de Enero de 1833, al derogar la de »19 de Enero de 1816, no suprimió completamente la »obra contra revolucionaria de la restauracion; la ca»pilla expiatoria de la calle de Anjou, ha quedado co»mo un ultraje público y permanente á la nacion.

»Luis XVI fué declarado por la convencion y por »unanimidad, culpable de conspiracion hácia la liber»tad y de atentado á la seguridad general del Estado. »Sus maquinaciones con el enemigo para preparar la »invasion y el desmembramiento de la patria, tan ple»namente demostrado ante sus jueces en 1793, son »confirmadas por la historia. Un gobierno republica»no y nacional no puede dejar subsistir el monumen»to elevado por Luis XVIII, para hacer expiar á la »Francia como un crímen, un acto de justicia.

»En su consecuencia tengo el honor de presentaros »la siguiente proposicion de ley.»

«Artículo único. La capilla expiatoria será demoli»da en los seis meses consecutivos á la promulgacion »de esta ley.»

. Esta proposicion de ley, suscrita por Mr. Julies Roche, Diputado socialista, no ha tenido eco en la cámara francesa, por la razon sencilla de que el monumento elevado por Luis XVIII, es hoy propiedad de un francés, cuyo nombre es muy conocido entre los adeptos al Duque de Chambord.

Cualquiera que haya leido la «Revolucion francesa» sabrá que las últimas palabras de Luis XVI, en el patíbulo, fueron apagadas por el redoble de los tambores mandados tocar por Santerre, segun unos, por el conde de Oyat, segun otros. Pero lo que no dice la «Revolucion francesa» lo dice hoy el guarda de la capilla expiatoria, suizo que chapurrea todos los idiomas y que, como el cicerone del alcázar de Sevilla, enseña una mancha roja, no en una losa del pavimento, sino en un brazo de Luis XVI.

Al siguiente dia de la proposicion de Ley, ó sea el 8 de Febrero último, marché directamente á la capilla expiatoria. Temia que la palanqueta demoliera este edificio, que hacia años deseaba yo visitar, y sin consultar mas que con mi humanidad, llamé á la puerta del cementerio donde reposan los huesos de Luis XVI y María Antonieta.

Confieso que el eco lúgubre que despidió el aldabon, la soledad del escuare de la calle Anjou, donde se levanta aquel severo monumento, y los obuses que á manera de valla lo circundan, produjeron en mí una sensacion poco agradable. Un segundo golpe á la gran puerta de hierro, hizo abrir ésta, y ante mi vista se presentó una explanada dividida en calles que atraviesan un jardin. Al fin de la principal ví la capilla donde están enterrados los huesos del monarca y María Antonieta.

Miré á derecha é izquierda y la soledad más completa reinaba en aquel lúgubre sitio. ¿Quién habia abierto la gran puerta? Mi primer pensamiento fué retroceder, pero de súbito la puerta, girando sobre sus goznes, me cortó la retirada y quedé encerrado en aquel jardin cuyos muros tenian mas de veinte piés de altura.

Avancé á la capilla, y al pisar el dintel de la misma, un enano de cabellos sucios y grasientos, de ojos vidriosos y de nariz aplastada, me decia:

«Entrad, Monsieur.»

. . . .

Una capilla sencilla, con un cristo de mármol blanco, colocado sobre una cruz de bronce, corona el altar.

Á los lados se levantan dos grupos colosales de mármol de Carrara. Uno de ellos, el de la izquierda, representa á María Antonieta: el otro á Luis XVI. Ambos están sostenidos por un ángel que simboliza al sacerdote que les asistió en el cadalso.

La austriaca está bella en su angustia desgarradora.

Luis marca en su semblante uncion evangélica que apena el alma.

Á la derecha, tras el sarcófago del monarca, una escalera de mármol, tortuosa y estrecha, desciende conduciendo á otra capilla cuyo altar se levanta sobre la cripta donde reposan los huesos augustos.

El cicerone me indicó que el edificio que visitaba, era propiedad de un *legitimista*, el cual adquirió el pleno dominio del mismo á raiz del establecimiento de la república, la que tenia proyectada la demolicion de la capilla y enagenacion de mármoles.

¿Habeis visto bien la estátua de Luis XVI?

Sí, dije al cicerone.

¿Y habeis notado la mancha roja que tiene en la mano derecha?

No.

Pues miradla.

Efectivamente, á la mitad de la diestra de Luis, se dibuja una mancha roja del tamaño de dos reales. Esa señal, continuó el guarda de aquella lúgubre mansion, marca que el monarca *quiso morir*, pues al marchar al patíbulo pudo salvarse si en la puerta de San Dionisio no hubiera desligado su mano de la del baron Batz que al frente de 3.000 conjurados dijo: «Á nosotros los que quieran salvar al rey...» y el cicerone, al evocar estos recuerdos, me llevaba á los márgenes del jardin: mirad, me decia, mirad. Aquí están enterrados los restos de la guardia suiza, de aquellos héroes que formaron con sus pechos baluarte inespugnable á las bayo-

netas que amenazaban al de la austriaca.

. . . .

Un franco al *historiador*, y un adios in pectore á la dinastía borbónica francesa me pusieron en el escuare, y allí, al dar otro adios á la capilla de las calles de Pasquier y Aujon, contemplé por largo tiempo una lápida que contiene esta inscripcion.

LIBERTÉE, EGALITÉ, FRATERNITÉ.

MI SOMBRERO.

A mi regreso de la ciudad eterna, donde tuve el gusto de besar el pié de la estátua colosal de San Pedro, pié que casi ha perdido su forma á causa de los millones de ósculos que tiene recibidos de nuestros hermanos los cristianos, permanecí en la capital de España unos noventa dias.

Durante este cuarto de año tuve, no sé si la suerte ó desgracia, de conocer al célebre nigromántico Jacobo Palicini, hombre que como mis lectores saben, ó deben saber, tenia la presuncion, hasta cierto punto acreditada, de adivinar lo que pensaban sus semejantes.

No se me olvidará Palicini. Parece que le estoy viendo.

Nariz de pico de loro, barba á lo Cristo, ojos chicos, negros como la tinta y una gran berruga en la oreja izquierda.

Palicini concurria todas las noches á un establecimiento que os recomiendo por los artículos que expende, y que está situado en la calle de Campomanes número 4. Por otra parte, ese establecimiento es una especie de consulado andaluz, y si buscais un gaditano ó un hijo de esta provincia, que resida en Madrid, allí le tendreis tarde ó temprano.

Este es un motivo más para que no prescindais de Campomanes 4, donde el *Palo cortado*, *oloroso* y otros *alicientes* continuan siendo las delicias de los aficionados á pasar un buen rato.

No creais por esto que el nigromántico sea devoto

de Baco, ni mucho ménos. Palicini no bebe mas que agua, salvo algunas gotas de anis que suele ligar, y esto *por matar el gusanillo*, frases que repite con mucha frecuencia.

Sin embargo, si he de ser verídico en mi relato, la noche de que os voy á hablar y que era una en que se preparaba un rico menudo para el dia siguieate, menudo que dicho sea de paso, estaba bajo la direccion de *Bernardo*, el caballero Palicini se habia permitido saborear una rica caña de manzanilla.

No sé si efecto de este vino de Sanlúcar, ú otra causa que yo ignoraba, lo cierto es, que Palicini no separaba sus ojos de mi cabeza, pero con una atencion tan *cargante* que llamó la de todos los que allí nos encontrabamos.

Pronto conocí que sus miradas iban flechadas á mi sombrero, el cual, puesto sobre mi calamorra, evidenciaba á primera vista que su forma y su tela no tenian carta de naturaleza en la villa del Oso y del Madroño.

Tan tenaz iba siendo la mirada de Palicini que llegué á sospechar si el hongo tendria deterioro visible que acusara negligencia en su dueño.

El sombrero, en cuestion, era de esparto, y su importe, entregado en el bazar de Gaetano por la mano que escribe estas líneas, no habia excedido de 14 reales; pero si bien el adorno ú ornato de mi cabeza estaba confeccionado con la yerba de que se hacen sogas y esteras, ello es lo cierto que el fabricante italiano habia dado al esparto tal semejanza con el terciopelo que el mas lince no se hubiese apercibido de la mistificacion.....

A la salida de Campomanes, ó sea bodega de los Jerezanos, no pude por ménos de preguntar á Palicini el por qué se habia fijado tanto en mi sombrero.

—¡Con que V. me pregunta por qué me he fijado en el sombrero!

—Ya he tenido el honor de decíroslo.....

—Déjese V. de honor en estos tiempos y escúche-

me. Su sombrero tiene.... su sombrero necesita..... y el Cagliostro, riéndose, apresuró el paso, entró por la Cuesta de Santo Domingo y se perdió por la calle de Jacometrezo.....

—¿Y qué necesita mi sombrero?.... le grité viéndole desaparecer.

—«Que lo...» No pude oir mas: su voz se confundió con la del sereno que cantaba las cuatro.

. . . .

Pasaron ocho meses, discreto lector, y durante un resto de invierno y las dos estaciones que le siguen, mi sombrero trasparentó con insolente descaro el vejetal de marras.

Sostuvo con calma estóica las miradas *asesinas* de algunos papanatas, las imprudentes observaciones de esos que en nuestra sociedad se llaman discretos y que no son mas que un trasunto vivo de la *majadería:* vió, con asombro inaudito, sombreros magníficos de *gusto* y de *valor* que daban sombra á frentes deprimidas y que cubiertas de pelo me recordaban al orangutan; vió sombreros de ala angosta que parecian reirse del Romano y que apenas se dignaban saludarle: vió, en fin, otros, antiguos y aun ridículos que huian....

Y mientras tanto el sombrero de Gaetano, lardoso y descolorido, flexible y picado, cubria mi larga melena asemejándome á aquellos amantes de aspecto sombrío que pasaban lo mejor de su existencia llorando dolores que jamás habian sentido..... habia llegado á ser la encarnacion genuina de la locura clásica..... y, todo, por el sombrero de esparto. . . . .

Ya estaba resuelto á abandonarlo y á buscar una sustitucion, pero al ir á ponerlo en práctica, una voz secreta, voz que hacia latir mi corazon, me decia: «no me tires porque quedarás destocado.»

No habia mas remedio que continuar afrontando las maliciosas sonrisas de otros sombreros, que mas flamantes que el mio, lucian felpa abrillantada y hacian saludos, á lo Alfonso, con una majestad que causaba respeto.

El hongo italiano estaba relevado de hacer reverencias, tanto porque sus alas se asemejaban al papel mojado, cuanto porque su saludo no tendria reciprocidad.

El dilema era cruel:

O cubrir mi cabeza con el ya casi harapo.

O someterme á las contingencias de un fuerte constipado.

. . . .

Pasaron dos años, dos años que se los doy al más pintado, al más hecho á prueba de bombas, y la voz secreta, en estado crescendo, multiplicaba su lúgubre vaticinio apenas cruzaba por mi mente la idea de buscar sombrero.

Podrá ser una ilusion de los sentidos, podrá ser un desvarío, de esos que se apodera de nosotros cuando esperimentamos un vacío grande en el alma y nos vemos contrariados.........

Podrá ser el eco de la confusion de ideas, el desórden de las mismas cuando se coartan nuestros pensamientos, pero ello es lo cierto que el sombrero de Gaetano, *motor de todo*, me dijo una noche.

—¿Por qué me quieres abandonar?

—¿Por qué me quieres tirar?... ¿Por qué no me pasas á otra cabeza?—Búscala y tendrás sombreros de todas clases?....

Y la voz secreta de acero, respondió:

—Quedarás destocado!

Los pelos se me pusieron de pié.

La voz del sombrero era la de Palicini.

La misteriosa, del fabricante Gaetano.

—«Meditemos,» dije.... y me quedé dormido.

En el sueño me encontré que estaba en un lugar desierto: que un sol abrasador me achicharraba el cuerpo: que árboles gigantes pasaban ante mi vista como pasan los trenes á toda máquina:.... y luego, leones, panteras, leopardos, osos, girafas, elefantes, hienas, gorillas, bisontes y todos los animales mas *feroches* de

la creacion, en carrera vertiginosa, saludaban á mi sombrero, el cual, á manera de general en jefe que pasa revista á sus soldados, contestaba ligeramente con sus alas á aquella avalancha de fieras que cruzaban el desierto como un meteoro.

De pronto el sombrero se estremeció.

—Ahí le tienes—me dijo.

—¡Que quedas destocado! murmuró la voz secreta.

—Ahí tienes la cabeza!—rugió el sombrero con voz de trueno.... y.... un hombre destocado pasó ante mí como una exalacion....

—*Colócame sobre su cabeza*—gritaba mi hongo.

—*Atájale—córtale el paso.*

Yo volaba......

Las fieras nos seguian....

En veinte minutos dimos una vuelta al mundo.

No olvidaré jamás esta horrorosa carrera. Pensaba que no iba á concluir. Puede solo compararse á una de esas pesadillas, en las cuales hacemos contínuos esfuerzos para salvarnos de un horrible mónstruo y otras veces nos lo impide un estraño y misterioso poder que nos sujeta....

Por fin, dando un salto enorme atajé el paso al hombre destocado y colocándole mi sombrero.... desperté.

. . . .

Junto á la cabecera de mi cama encontré una carta que decia:

Ós remito ese sombrero.

PALICINI.

JARDINES DE VERSALLES.

El 5 de Setiembre de 1881, á las ocho de la mañana, me dirigí á la estacion de San Lázaro.

Subí los ocho escalones que hay que pisar para entrar en el gran salon donde se expenden los billetes y tomé uno de Allier y Retour para Auteuil. A los dos minutos ya estaba en mi coche de 2.ª A los 3, el silbido de la locomotora puso en movimiento el tren y pasando Batignoles, Coursélles de Voloys, Neuilly (Puerta mayor) avenue Bosque Bolonia, Avenida Trocadero y Passy, llegué á Auteuil, donde desembarqué para tomar el ómnibus que me habia de conducir á Bolonia, residencia de mi amigo el Sr. Beneyto.

Treinta minutos despues de mi salida de París paraba el omníbus á la puerta de mi amigo, el cual me tenia ofrecida la noche anterior, en el café de Rich, una sorpresa, un viaje de recreo.

El Sr. Beneyto, cuya galantería para con los españoles es proverbial, en la gran colonia que de mis compatriotas hay en París, habita una linda casa donde tiene una magnífica bodega que contiene esquisitos caldos encerrados en los toneles mas raros que nos podamos imaginar.

Al extremo de la bodega y en un bonito jardin, encontré al Sr. Beneyto, que, fiel á la cita de la noche anterior, tenia enganchada la bagoneta y tan solo esperaba mi llegada para emprender el viaje anunciado.

Pocos instantes despues la pequeña Emilia, hija del Sr. Beneyto, y yo, ocupábamos los almohadones de aquel cómodo vehículo, y el padre, á la izquierda del

auriga, hizo á este una súplica (1) que puso á escape un poderoso caballo normando.

Ante mi vista pasó como un meteoro el puente que cubre un brazo del Sena, y cuyo puente, de 50 metros de largo, es la única distancia que separa Bolonia de St. Cloud.—Atravesamos este último pueblo, que recuerda aquellos castillos de náipes que construimos en nuestra infancia, y dejando atrás hoteles y chalet que parecen oscilar en las crestas de las colinas donde están construidos, entramos en el parque Montretul, siguiendo un camino de menudo césped que nos llevó al de St. Cloud donde hay fuentes monumentales y lagos que parecen un oscéano. En este parque contemplé el kiosco donde Napoleon III dió un adios á la Francia al tomar el mando del ejército de la nacion.

La pequeña Emilia, con esa inteligencia precoz que suelen tener estas petit francesas, me iba señalando los sítios más notables y á ella debo la cita del kiosco, como las de otras muchas.

Al fin de este pintoresco parque y cerrándolo una verja inmensa, á que llaman Barrera de St. Cloud, asoma de improviso un bonito pueblo que se nombra Ville d' Abray, célebre por sus hombres, y que si mal no recuerdo, mi ciceroné femenino expresó ser cuna de Gambeta.

Ville d' Abray, como todos los pueblos que están próximos á París, es un apeadero que tienen las clases acomodadas; así es, que sus casas son verdaderos palacios que, á estilo inglés, les precede bonito jardin.

Ville d' Abray tiene un privilegio sobre los demás pueblos y es, que de él parten tres avenidas: la de St. Cloud: la de París; y la de Seœux. Estas tres calles mueren en Versalles, en la entrada del palacio de Luis XIV.

Aquí llegamos dos horas despues de nuestra salida de Bolonia.

---

(1) En Francia no se manda, caballeros.

Bajamos del carruaje: tomé en mis brazos á la pequeña Emilia y dándole la mano penetré por aquella gran puerta donde se ve al hijo mayor de Ana de Austria, á caballo y con la diestra en actítud de sujetar—si así puede decirse—á porcion de estátuas colosales que, á pié, y á derecha é izquierda de la ecuestre del monarca, parecen esperar una órden de éste para salir de su inmóvil posicion. Estas estátuas colosales representan á Beltran Duguesclin, Sully, Ballard y otros, cuyos nombres están esculpidos en aquellos mármoles casi negros por la accion del tiempo.

Tras aquel semidios, que radiante de juventud, de amor y de gloria fué Rey de reyes, se ven los jardines maravillosos dibujados por le Nótre y esmaltados de las obras sin rivales de Girardas y de Puget.

Prometeo atado á una roca, empieza una calle que espira en otra, donde Orfeo busca á Euridice. Aquí hay una puerta: tras ella una gran explanada que apesar de su anchura tiene un cielo de ramas de árboles cuyos troncos fueron testigos de escenas de amor. Y en el centro de esa explanada, á que los rayos de Febo no llegan, Páris, aquel mal amigo de Menelao, va á dar la manzana á una de las diosas que ha de ser proclamada la mas hermosa. Allí están Juno, Vénus y otras que luego separadas, aisladas, se ven en aquellas calles que parecen no concluir nunca.

Juno es siempre la Valiere.

Madame Montespan es siempre Vénus.

Tan solo la viuda del poeta Scarron no tiene diosa que la represente, lo cual tiene su explicacion, pues sabido es que la Maintenon empezó á reinar en el corazon de Luis XIV cuando este peinaba canas ó las hacia desaparecer por medio del *charipé*.

El amor que Luisa Valiere inspiró á Luis XIV hizo que éste, de páramos y lugares sombríos trasformara en un eden esas inmensas tierras que circundan el palacio de Versalles.

El precoz Capeto sentia en su corazon los primeros

gérmenes de un amor impetuoso, y la Valiere, flor purísima, fué la primera que su aliento marchitó.

Un palacio más expléndido que todos los palacios de reyes fué la primera ofrenda á la Valiere, y aquellas primeras fiestas ordenadas por el sucesor de Mazarino, animadas por Moliere, celebradas por La Fontaine y presididas por el monarca, fueron otras tantas ofrendas del real amante............

Luis se ve por todas partes.

No hay gruta ó lugar oscuro y silencioso donde no se levante su estátua.

Parece un espía......

Robespierre tuvo tambien deseos de que le conocieran en los jardines de Versalles y su figura siniestra, amenazadora, se destaca algunas veces tras la del monarca.

Y entre éste y aquel, entre esos dos trasuntos del absolutismo *alto y bajo* aparece Valdilkuira, hada del Tiempo y de la Verdad, de una hermosura severa y vestida con una túnica blanca que oculta pudorosamente sus formas.

Valdilkuira, colocado entre estos dos gigantes de la Monarquía y de la República, parece señalar al visitante de los jardines de Versalles aquellas dos *omnipotencias*, y parece decirles: «Siempre sordos é ignorantes». . . . .
. . . .

Cruzando multitud de sitios, á cual mas pintorescos, y dejando á los lejos Trianon, donde se ve el trineo de Madame Maintenon, entramos en la glorieta de Mirabeau.

Esta glorieta, segun mi cicerone, fué el lugar predilecto de Maria Antonieta.

La austriaca pretendió afianzar el trono de Luis XVI dando á ese sitio delicioso el nombre del gran tribuno, pero Honorato Riquetti murió tres dias despues al bautizo y el trono se bamboleó......

Al fin de la glorieta asoma Versalles. . . . . . .

. . . .

Nos despedimos de aquel palacio y de aquellos jardines que antes eran la apoteósis de un hombre y hoy la de todas las eminencias de Francia y entré con mi pequeña Macdemoiselle en la vagoneta del Sr. Beneyto, el cual, esta vez tomó las bridas, agitó el látigo y dió rápida carrera al cuadrúpedo normando.

Atravesamos como una exhalacion (sentiamos hambre) la rue de Pearoisse y Duplesis, dejando atras la estacion de la via férrea que echaba miles de almas y á la derecha avenida de construccion de hoteles pintorescos y tomando la carretera vecina, por donde atraviesa una alegre corriente de agua que sirve de espejo á manzanos corpulentos, entramos en Vancreson.

Pasado este pueblo, casi destruido por las balas prusianas, y en la carretera que va á St. Cloud, á la izquierda, se encuentra el Hospicio titulado de Brezin. En el patio de este gran edificio y sobre un pedestal de dos metros de altura, está el busto del fundador, y segun me manifestó mi compañera de viaje, en este asilo no tienen entrada más que aquellos octogenarios que hubiesen sido herreros. El Sr. Brezin habia hecho su fortuna con la fragua y el martillo y la legaba, entera, á sus colegas.

Llegamos á Bolonia y la Sra. de Beneyto, parisien pura, nos demostró que conoce la cocina valenciana, regalándonos una rica paella que hace recordar las que se confeccionan en *La Colonial* de la plaza de San Antonio de Cádiz.

ECONOMÍAS.

«Amigo mio:

«La anarquía más espantosa, la ruina más desoladora y el abandono más completo, reinan en vuestra granja La Provincia. El administrador y demás empleados, incluso la baja servidumbre, se regalan á su antojo, y la rapiña de estos parásitos de vuestro viejo fundo os va á conducir á la más triste bancarrota. Venid, pues, y os convencereis, etc.»

Esta carta la recibí hace tres ó cuatro años.

Leerla y llamar á Pueblo, todo fué cosa de un momento.

—¡Que ensillen los caballos!

Y salimos á los diez minutos del coto de Gigonza, donde refrescaba mis carnes, para mi heredad La Provincia.

Eran las 7 de la noche. A las 11, cuatro horas despues, llegué á mi posesion.

—Llama, Pueblo—dije á mi amigo.

La puerta se abrió una hora despues: los gandules dormian á pierna suelta.

—¡El amo! ¡El amo! ¡El amo! gritaban administrador y demás empleados. ¡El amo!!

—Sí, señores mios, el amo—exclamé yo.

—Una luz á mi cuarto; y me acosté, me dormí y me levanté al dia siguiente con un humor de mil demonios.

—Voy á arreglar este cotarro, y sin vacilar toqué la campanilla.

—Allá voy! contestó mi administrador.

—¡Cómo «allá voy!» exclamé.—Aquí, en seguida, en seguida. . . . .

—Oiga V. señor D. Eduardo: en lo sucesivo no se me ha de contestar con ese modo altanero, ni se ha de descuidar mi Provincia, como viene descuidándola. Pase lo pasado, que no es moco de pavo las viñas y otras bagatelas de que sois poseedor; pero no le puedo permitir, y no se lo permitiré de aquí en adelante, que siga embaucando á mis colonos hasta el punto de hacerles creer que os he dado omnímodas facultades. Es falsa vuestra representacion, caballero, idos....

—Pero....

—No hay peros ni camuezas. Quítese V. las gafas y dígale al excomulgado que me traiga un vaso de agua... Largo.

. . . .

—Oiga V. señor literato. Desde hoy no ha de pisar mi biblioteca ni traer al retortero mis autores clásicos. Tampoco le permito que me plagie romances del Ñoto y otras malogradas eminencias, dándolos como parto suyo. Largo....

—Pero....

—Le vuelvo á decir que se retire, que olvide la biblioteca y abandone para siempre su estilo zumbon y cáustico, que ya apesta. Váyase y que suba el de la permanente.

—¿Cuál, señor?

—¡Silencio! cuál ha de ser, el de los árboles...

. . . .

—Señor D. Hermógenes. Queda suprimida desde este momento la poda anual de quintas y suprimido por tanto los mil duros. Largo..!.

—Pero....

—Nada, nada, queda V. despedido.... y que suba Ricardo.....

. . . .

—Mira, niño mio, con intencion te he dejado para lo último. Tú, á pesar de tener en la dependencia un

papel secundario, tratas de formar iglesia sirviendo y halagando á D. Eduardo. Si desde hoy no te dedicas á desempeñar tu puesto, como Dios manda, y, por el contrario, enciendes el cuelmo de la discordia llevando á las cocinas de mi Provincia el desbarajuste y mala administracion, te voy á hacer cardenal ¿Me entiendes?

—Pero....

—La bota derecha, que aun no habia calzado, fué á parar á la cabeza del pinche de cocina, el cual comprendiendo que la cosa iba de veras y que no habia *jonjana*, abandonó para siempre mi heredad.

. . . .

—Vámonos, Pueblo—dije.

—¿Está todo arreglado?

—Por ahora sí.... querido amigo, pero todavía queda mucho.

~~~~
~~~~

EL SEÑOR DE BOTAFUEGOS.

I.

Un hombre de gaban largo, abotonado hasta el cuello, con aspecto de exclaustrado, acaba de entrar en una casa de la calle del Sacramento.

—¿El Sr. D. Pantaleon Centellas?

—Adelante—dice el mismo D. Pantaleon—que con un tranco enorme se preparaba á salir.

El recien llegado se descubre y enseña una venerable calva.

—¿Puedo hablar con V. cinco minutos?

—Y diez, Sr. de Botafuegos.

Ambos interlocutores penetran en el despacho de D. Pantaleon, habitacion no muy espaciosa y donde hay dos butacas y un sofá de gutta-percha.

El bufete ocupa casi todo el fondo y á derecha é izquierda las paredes aparecen cubiertas de estantes, donde se ven multitud de cajas de hierro que ostentan las etiquetas de lo que contiene.

—Señor de Centellas—dice Botafuegos despues de repanchigarse en una butaca—he venido á consultar con V.....

—Hace V. bien: el hombre sin hombre no es nadie y.... ya sabe V. el proverbio...

—Bien, bien, D. Pantaleon: por eso me he atrevido á importunar á V....

—A mí no me importuna, todo lo contrario; pero... al grano, al grano.

—Bien, bien: V. es hombre de mundo y sabrá re-

solver con más prudencia que yo lo que se debe hacer en una situacion como la en que me encuentro.

—Ya puede V. empezar....

—Bien, bien.. ..

—Querido amigo, basta de *bien* y empecemos...

—¿Hay alguien ahí dentro? y el Sr. de Botafuegos derrama una mirada inquieta hácia el ante-despacho.

—No hay nadie, puede V. estar tranquilo.

—¡Bien, bien!

—¡Otra!

—¿Qué?

—Nada.—Que le escucho.

—Bien. Pues ha de saber V. que he llegado ayer de Jauja

—¿De Jauja?

—Sí, amigo mio, de Jauja, donde he sido Secretario escrutador.

—¡Vd.!

—Sí, yo: pero eso es lo de ménos: lo grave para mí, y es lo que vengo á decirle, que durante los tres dias de elecciones no he hecho más que meter.....

—¡Hombre, qué ha metido V.?

—Mil doscientas tres papeletas.

—¿Y dónde ha metido V. tanto papel?

—En la urna electoral.

—Bueno, ¿y qué tenemos con eso?

—Que tengo escrupulillos (y el Sr. de Botafuegos aproxima su butaca hácia la de D. Pantaleon.)

—¿Escrupulillos, por qué?

—Porque esas papeletas han sido sustraidas á los electores. Figúrese V., amigo D. Pantaleon, que el primer dia de elecciones llega al colegio la autoridad de Jauja y me dice con voz imperiosa: «Meta V. estas 200 papelas.»

—Y, ¿qué hizo V.?

—Meterlas.

—Bien ¿y qué?

—Que al segundo dia se me presenta la misma au-

toridad y me dice: «Meta V. estas 400 papeletas.»

—Bien, ¿y qué?

Que al tercer dia de elecciones se me acerca la propia autoridad de Jauja y me diee: «Meta V. esas 603 papeletas.»

—Bien, ¿y qué?

—¡Le parece á V. poco!... Que he sido cómplice en esta metida, y lo peor del caso es....

—¿Qué?

—Que á la autoridad le han dado una banda en premio de su imparcialidad....

—¡Y á V. lo han dejado á la luna de Valencia! ¿No es eso?

—¡Sr. de Centellas!

—Querido Botafuegos. Ya veo que no es V. hombre *á la moderna*. Esas elecciones en que V. ha intervenido—y que presumo serán las dirigidas por el *Barbudo*—no son mas que una reproduccion de las anteriores, es decir, un meter contínuo, con lo cual la autoridad de Jauja no ha hecho más que imitar á sus antecesores.

—Bien, bien: pero á mí lo que me sorprende es, que en premio á tantas metidas, la autoridad de Jauja ostente una banda que le cruza todo el pecho, y que parece la correa de un tambor mayor.

—Nada, serénese V., Sr. de Botafuegos. Esos distintivos, á raiz de una metida, son tan ridículos como lo son esos parásitos de la política de Jauja. Antiguamente se conferian títulos, grandezas, cruces, etcétera, á aquellos varones que habian perdido un ojo, una oreja, un brazo ó las narices, en los campos de batalla; de lo cual provienen esos apellidos de Matamoros y Rompe-cabezas; pero hoy, en Jauja, no se paran en barras y lo mismo hacen á uno caballero del Melon, Marqués de la Pera ó Conde del Alcornoque, que fumarse un cigarro.

—¿Quiere V. un Kentuky del Marqués de los Barcos?

Y D. Pantaleon entrega al Sr. de Botafuegos un excelente cigarro de cinco céntimos.

—¡Vaya! Yo creia que me iba V. á contar algo de nuevo, y sale V. ahora con que le escarabajea la conciencia por haber metido un millarcejo de papeletas...

—Pero es que hay otra cosa D. Pantaleon de mi alma!

—¡Otra cosa!

—Sí; la autoridad de Jauja ha *hecho* otras elecciones.

—Bueno, ¿y qué?

—¿Y qué?.... que ha vuelto á reincidir regalándonos tres Diputados que nadie ha votado y apenas conoce...!

—Pero, alma de cántaro—y permítame V. que le hable así—no le tengo dicho que con ligeras y honrosas excepciones, siempre es lo mismo. Vamos, sociéguese V. y deje correr la bola. Todos esos polichinelas son muy conocidos entre las personas sensatas, las cuales, para que V. lo sepa, miran con desprecio soberano sus torpes manejos.....

—Pero, señor de Centellas, si no nos dejan: si tienen periódicos que espeluzna leerlos....

—¿Tambien hay en Jauja periódicos? ¿Y qué dicen? ¿Qué dicen?

—Dicen que son los herederos de no sé qué depósito de constituciones liberales.....

—Y, ¿qué le importa á V. esa hereneia *fú?*

—¡Cómo!

—Fú.

—No entiendo!

—Ya lo entendereis, con el tiempo. Por lo pronto no os debe importar nada esa usurpacion.

—Me importa, porque yo me he batido el 37, el 42, el 56 y el 68....

—Nada, nada Sr. de Botafuegos, insisto en lo dicho. Deje V. meter hasta que se cojan los dedos. Yo, que no meto, porque no soy autoridad de Jauja (soy

franco) paso muy buenos ratos cuando leo los periódicos. Sin ir muy léjos, aquí tiene V. *El Adelanto*, órgano de un mete y saca que está escrito con una hidrofobia que aterraria á Neron, si este artista viviera. Y sabe V. lo que hago cuando lo leo?

—¿Qué hace V. Sr. Centellas?

—Esprimirlo.

—¡Esprimirlo!

—Sí, querido, lo mojo en el líquido que contiene aquella caja (D. Pantaleon señala una, cuya etiqueta dice: «Diputacion») despues lo hago una pelota y luego la coloco en prensa.

—¿Y qué consigue V. con eso?

—Poca cosa: recoger el veneno mas activo que existe en el mundo y al cual he bautizado ya con el nombre de *Doctor*.

—¿Y para qué le sirve á V. ese *Doctor?*

—Ese es mi secreto. Yo reuno todos los venenos mas activos que se conocen en el mundo y para todos, todos, tengo su respectivo antídoto.

—¿Y teneis ya el del *Doctor?*

—Sí, le tengo, pero no lo usaré porque conviene á la patria que circule el *Doctor*. «*Aun hay patria*,» señor de Botafuegos.

—Pero, entónces, la patria peligra....

—No lo sé: lo único que puedo decir á V. que á su tiempo daré el antídoto.... pero han pasado los diez minutos y tengo hambre. ¿Usted almorzará conmigo? ¡Tormenta!

—Señor!

—¿Qué has cocinado?

—Hoy no hay mas que *Sutiles* y *Pericos á lo Cervántes*.

—Está bien, sírvenos pronto.... y ahora señor Botafuegos hablemos de San Fernando.

(Se continuará.)

EL SALTO DEL NEGRO.

TRADICION.

Hoy hace un siglo, justo y cabal, que algunos vecinos de Medina Sidonia vieron pasar á la caida de la tarde un hombre de tez cobriza y elevada estatura. Este Goliat cruzó como un relámpago las calles San Juan y Alamo y entrando por un sitio que hoy se conoce por *El Caminillo*, y entónces se denominaba Avenida de San Juan de Dios, empezó á subir la gran cuesta del *Murete*, en cuya cima se detuvo, apoyado en su baston y quedando por mucho tiempo pensativo, fijos sus ojos en un torreon, derruido por la accion del tiempo.

Era un espectáculo imponente el de aquella colosal figura, de descomunal cabeza y anchos hombros, recibiendo el rogizo resplandor del sol que iba á morir y coronando aquella altura, que besaban las nubes, y sobre la que la mano del hombre levantó un castillo que habia de habitar un ser, árbitro de la vida, la hacienda y el honor de los demás.

Los profundos ojos negros del jigante parecian despedir chispas y fijos en una capilla que llaman *del Cristo*, amenazaban confundirla en aquella mirada de fuego....

Llegó la noche: el astro blanco lanzó sus plateados rayos sobre la laguna del *Barrero*, donde las estrellas se reflejaban como centenares de diamantes. Cuando dieron las once en Santa María la Coronada el negro permanecia absorbido en sus pensamientos, pero al oir el triste y melancólico sonido de la campana, nuestro

hombre se estremeció, exhaló un suspiro, y alumbrado por los rayos que la luna proyectaba, marchó al *Cristo.*

Aquel ser misterioso que en su carrera vertiginosa habia llamado la atencion de los buenos medinenses, dió un salto de acróbata, y encabritándose en el muro de la capilla deslizó su cuerpo por la parte opuesta, viniendo á caer en el musgo del patio, de donde se levantó con la rapidez del rayo.

Lo que pasó en aquel momento fué horrible, espeluznante. La campana del *Cristo* empezó á tañer lúgubremente siguiendo á la vibracion de la lengua de cobre, desaforados gritos, mezclados con el espantoso ruido de centenares de trompetas que convocaban á los asidonenses.

El espectáculo que presentaba *El Murete* era para aterrorizar á las almas de mas temple.

Unos veinte espectros envueltos en sudarios blancos como la nieve, corrian en medio del patio del *Cristo* siguiendo al negro, el cual salvó el muro dando un salto prodigioso y desapareciendo con tal rapidez que parecia imposible alcanzarlo.

El negro, en su veloz huida, entró por la calle de las Monjas Viejas, pero una fuerza desconocida le impelió á la *Puerta de Jerez.*

Corria como un meteoro y su breve paso dejaba un surco amarillento y un olor á azufre que recordaba á Luzbel.

Pronto vió *El Llanete* y al entrar en aquella pequeña explanada, la misma fuerza misteriosa le hizo tomar la calle Borhorquez.

Allí, sin volver su negra cara, dió mas rapidez á su carrera, pero al llegar á la calle de la Picota las campanas de las Monjas viejas empezaron á voltear y el negro retrocedió.

Convulso, horrorizado, dejando á la casualidad su derrotero, que la agitacion de su espíritu le impedia señalar, volvió á la calle de Bohorquez y desatentado, entró en el Llanete de Herederos.

¡Infeliz! Una fuerza extraña le obligó nuevamente á retroceder, y ya loco, como alma que lleva el diablo, dando á sus pasos velocidad vertiginosa, entró por la calle del Muro, recorriéndola á la manera que la luz del rayo se enciende é ilumina la anchurosa bóveda azul y desaparece luego, como hundiéndose en la negra nube que lo abortó.

Llegó al Arco de la Pastora y ante aquella armazon de granito sus anillados cabellos tomaron nueva forma y el vello que cubria sus carnes se erizó.

Replegó su cuerpo hasta quedar casi de rodillas: sus ojos como ascuas de fuego brillaban de una manera particular: de su garganta se escapaban extraños rugidos y cubria sus labios asquerosa espuma.

De repente aquella constitucion hercúlea se contrajo y de un salto salvó el Arco y casi rodando bajó la cuesta que lo condujo á la *Fuente salada.*

Volando, mas que corriendo, sigue el *caminillo*, y de súbito una agitacion galvánica recorre su naturaleza. Las campanas de la poblacion daban al aire sus bronceados ecos, de una manera lúgubre, aterrorizadora.

La vista del desconcertado negro, rápida, como rápidas son las inconscientes ideas que bullen en un cérebro loco, vuelve hácia *El Murete* y sobre la colosal eminencia distingue los siniestros esqueletos que envueltos en sus blancas túnicas y agitando en sus huesudas manos encendidos hachones, hacian resonar con pavoroso estruendo desacordes gritos y hórridos alaridos.

Ante tan fantásticas visiones, temblor inusitado agitó su nervioso cuerpo y con veloz carrera recorrió todo el extenso borde que daba al siniestro precipicio ofrecido por la encumbrada cima del «Tejar,» que este era el nombre con que entónces la denominaban.

Llegó por fin á él, y le detuvo el inminente peligro que miraba bajo sus piés.

Vuelve atras sus alucinados ojos: los espectros, sus

chirridos agudos, el incesante clamoreo de los sonoros bronces que desde las enhiestas torres de las iglesias se perdian en el vacío, contraian sus miembros y embargaban por completo sus sentidos.

El horror, el miedo, ponian en espantosa trepidacion su alma. Midió el abismo, dudó un instante, y luego voló al espacio cayendo en aquella hondonada donde de piedra en piedra botó su cuerpo, y el cual al romperse, inundó el aire de sulfúrea luz.

Las campanas cesaron de tañer y los esqueletos desaparecieron.....

. . . .

En los acontecimientos humanos se observan muchas cosas que se parecen á los físicos.

Un objeto brillante que llama mucho la atencion cansa al fin, el tiempo lo cubre de polvo.

Así sucede con muchos hechos morales, ó de la vida social. Hacen mucho ruido un tiempo dado: todos se ocupan en ellos; nadie sabe hablar de otra cosa; pero pasan dias y dias, la atencion general se va distrayendo: otros acontecimientos vienen á absorberla, y el hecho ruidoso va cayendo en olvido hasta que le alcanza tambien su polvo y su rincon y nadie absolutamente piensa en él

Esta ley comun de los sucesos humanos no ha podido observarse respecto al *salto del negro*, pues si bien la historia pasa en silencio ese acontecimiento notable; Ruiz del Moncayo, Campos y otros cronistas de alto concepto en la república de las letras, han dado, por medio de sus apuntes, nombre imperecedero al precipicio, que el viajero contempla con admiracion, desde el momento en que empieza á subir la gran cuesta del arrecife, que muere en la *carretita* de Medina Sidonia.

FRANCESES ECLIPSADOS.

Mediante seis sueldos podeis cómodamente trasladaros dé la plaza de Moncey, de París, á Chicly de la Garenne. La distancia es corta y el coche-tranvía, tirado por tres poderosos caballos normandos, os conduce á este pueblo en 20 minutos.

Chicly de la Garenne no es como Neuilly. No tiene hoteles elegantes ni sus alrededores la ciñe la exhuberante vejetacion que tanto adorna al ramillete de pueblos que bordan las orillas del Sena; pero en cambio Chicly es un punto fabril donde el humo y el martillo se vé y se oye constantemente. Es un pueblo de obreros.... y de obreras.

Una mañana de Enero, por cierto desabrida y poco á propósito para viajar, tomé asiento en uno de los 16 que tienen los coches que de dicha plaza parten á Chicly.

Cinco minutos despues de partir el tranvia, las nieblas empezaron á engruesarse, y el cierzo, ese viento sutil y helado que tan pródigo es en París, dejó sentirse de una manera tan intensa que mis extremidades esperimentaron una sensacion sumamente dolorosa.

Eramos seis viajeros y todos permaneciamos mudos: nuestros labios se movian como si quisieran hablar, pero no articulaban ningun sonido.

Las tinieblas aumentaron su intensidad y apenas distinguia los contornos de la plataforma del coche-tranvia. Las ráfagas del viento disminuyeron su violencia y la atmósfera se hizo mas glacial.

El conductor, especie de oso que guiaba el coche,

hacia vibrar la trompeta de viento y los ecos de este instrumento se confundian con los enviados por otros vehículos que, como el nuestro, volaban por la avenida de Chicly.

—«S' is vou plais» murmuraba el cobrador, es decir, «pagadme si os place;» pero la súplica era inútil, pues no se veian nuestros manos.

—»S' il vou plais,« repetia el cobrador.

El coche llegó al voulevard National y, como por encanto, las nieblas perdieron su espesor. Habiamos dejado atras el Sena.

—«¡S' il vou plais!» decia el francés y.... al entrar en el salon del coche vió, como yo, que los cinco viajeros se habian eclipsado.

La niebla tiene sus ventajas para ciertos viajeros y sus contras para las empresas de ómnibus y tranvias.